

UN CASO DE MODERNIZACIÓN DEPENDIENTE LA POLÍTICA EXTERIOR COLOMBIANA Y LA NORTEAMERICANIZACIÓN DEL EJÉRCITO NACIONAL (1951- 1959)*

*Saúl Mauricio Rodríguez Hernández
Historiador, Universidad Nacional de Colombia*

*"PREPARED FOR DELIVERY AT THE 2004 MEETING OF THE LATIN AMERICAN
STUDIES ASSOCIATION, LAS VEGAS, NEVADA, OCTOBER 7-9, 2004".*

INTRODUCCIÓN

América Latina ha sido considerada por los especialistas como un área con una modesta figuración en el escenario internacional, a pesar de sus grandes potencialidades. Únicamente Brasil y Cuba han tenido un papel medianamente importante como representantes de la región por lo menos durante el transcurso de la denominada Guerra Fría.¹ En el caso de Colombia la situación no fue diferente del resto de los países intermedios de la región, en este sentido su política exterior fue y ha sido producto de coyunturas, lo cual le ha impedido al país tener una participación relevante en los asuntos internacionales. Tanto así, que un presidente colombiano acuñó el término de “El Tíbet de Suramérica”, para referirse a Colombia y su escasa participación en el contexto internacional.²

La explicación más aceptada para esta situación es la que plantea que la pérdida de Panamá en el año de 1903 y el posterior acercamiento envolvente de los Estados Unidos, dejó sin posibilidades de acción internacional a Colombia.³ La política exterior colombiana, al igual que la de los demás países de la región, terminó alineada a la norteamericana, más aún, cuando Estados Unidos pasó de ser el país más influyente del

* Este artículo se basa en los dos capítulos iniciales de la tesis titulada «*La influencia estadounidense en el Ejército de Colombia, 1951-1959*», presentada para optar al título de historiador de la Universidad Nacional de Colombia-Sede Bogotá. Agradezco a *Latin American Studies Association* y especialmente a los profesores Milagros Pereyra-Rojas y Juany Roman por toda la diligencia prestada para permitir mi asistencia al Congreso. Consultas y comentarios pueden ser enviados a los correos electrónicos: «saulmrodriguez@yahoo.es» y «smrodriguez@unal.edu.co».

¹ Véliz Claudio, “Errores y omisiones: Notas sobre la política exterior de los países de la América Latina”, Tomassini Luciano (Compilador), *Las relaciones internacionales de la América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1981, pp. 87-88.

² Drekonja Kornat Gerhard, *Colombia: Política exterior*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1982, p. 84.

³ Cepeda Ulloa y Rodrigo Pardo, “La política exterior colombiana: 1930-1974”, en *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá, Editorial Planeta, tomo III, 1989, pp. 10-14.

hemisferio para convertirse en la primera potencia del mundo tras el fin de la Segunda Guerra Mundial.⁴

En la segunda mitad del siglo XX, Colombia mostró una posición de subordinación respecto a los Estados Unidos sin mucha figuración internacional. No obstante la total subordinación no siempre ha sido la constante en el accionar exterior del país. Durante los años cincuenta el país estuvo involucrado militarmente en la guerra de Corea y la crisis del canal de Suez, dos de los acontecimientos más álgidos de la Guerra Fría. Estos hechos acercaron fraternamente al Ejército de Colombia a su contraparte estadounidense en esta década cuando el país del norte necesitó de aliados de todo tipo y tamaño para convalidar su accionar internacional. El punto que pretendemos resaltar es que Colombia, un país poco relevante dentro del contexto regional, sin tradición militar, y con escasas fuerzas militares, llegó a comprometerse ampliamente en el concierto mundial por iniciativa de la dirigencia nacional junto a los Estados Unidos, esta relación tuvo profundas repercusiones para el Ejército colombiano que a pesar de su cercanía a los modelos militares europeos paso a seguir el modelo estadounidense, especialmente después de la participación colombiana en la guerra de Corea.

De este modo este artículo estudia algunos aspectos del proceso de “norteamericanización” militar que sufrió el Ejército de Colombia a mediados del siglo XX. Se parte del hecho que los vínculos políticos y diplomáticos entre los Estados Unidos y América Latina permitieron, bajo la constante influencia de Washington y la aprobación de los políticos y militares latinoamericanos, la consolidación de una relación de “dependencia consentida” para asumir los patrones militares estadounidenses. Sin embargo como se muestra en este texto los Oficiales colombianos consideraban la viabilidad de tomar algunos aspectos estadounidenses para ser aplicados en el Ejército de Colombia, pero al mismo tiempo planteaban que había aspectos de la institución militar nacional que era mejor conservar, como fue el caso de la organización bajo el sistema de Brigada. De esta forma el Ejército colombiano inició un acercamiento a su contraparte estadounidense, el cual es aun visible dentro de las fuerzas militares nacionales como una muestra de la importancia que tiene el país del norte en la vida nacional.

Esta ponencia se divide en cinco partes en la primera se hace un recuento de la política exterior militar colombiana en la década de los años cincuenta. En la segunda parte se estudia la cercanía del Ejército colombiano a los Estados Unidos con respecto a los vínculos bilaterales desde mediados del siglo XX. En la tercera parte se analiza la relación militar y diplomática presente en la participación del Batallón Colombia en Corea y el Suez. En la cuarta parte se examinan los puntos de vista de Alberto Ruiz Novoa, uno de los militares más influyentes en el contexto nacional, sobre las enseñanzas aprendidas junto al Ejército estadounidense en Corea. Por último, se enseña la posición de los militares colombianos en torno al proceso de norteamericanización militar del Ejército nacional.

⁴ Halperin Dongui Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 446-447.

LA POLÍTICA EXTERIOR MILITAR COLOMBIANA EN LOS AÑOS CINCUENTA

En un discurso pronunciado en Río de Janeiro por el Ministro de Relaciones Exteriores colombiano, Julio Cesar Turbay, el día 16 de diciembre de 1959, resumía la posición internacional de Colombia durante la década de los cincuenta. Esta se caracterizaba por un apoyo directo a los Estados Unidos y su política internacional. Según el Ministro, todas las acciones en el campo internacional se hacían en una relación de igualdad y compromiso con responsabilidades compartidas, y señalaba que: “[...] no sólo hemos estado obrando conjuntamente con aquella Nación [Estados Unidos] en el campo político sino que hemos expresado nuestra solidaridad con ella llevando nuestras tropas a los campos de batalla y corriendo los riesgos propios de quienes participan en la guerra”.⁵

Sin lugar a dudas los dirigentes colombianos estaban plenamente de acuerdo en que el «*imperio de la paz*», como parte de la visión maniquea de las relaciones internacionales de aquel entonces, sólo sería logrado apoyando a los Estados Unidos, y dado el caso, harían todo lo posible para alcanzarlo, incluso con la intervención de las fuerzas militares nacionales. El país del norte era el abanderado de la “defensa de la civilización occidental”, ante el temor de la expansión soviética.⁶

Lo llamativo del caso se encuentra en que el Estado colombiano, representado por la dirigencia nacional, planteaba que debía ocupar un lugar principal en la magna obra de la defensa del “mundo libre”, y en su debida proporción estaba dispuesto a colaborar en la consecución de este objetivo como ya había ocurrido en Corea y el Suez. A pesar que Colombia era un país poco importante para la política exterior norteamericana. Si bien las razones no eran del todo claras para mostrar este apoyo tan firme a los Estados Unidos, se encontraba circunscrito a principios nacionales asociados a la “defensa del hemisferio”, de la “civilización occidental”, de la “civilización cristiana”, de la “cultura occidental” y otra cantidad de razones algo confusas.⁷ No obstante, y a pesar de la lucha contra un enemigo externo fue producto de la influencia norteamericana, en el nivel interno encontró un terreno fértil en todas los gobiernos de la década, en los cuales existía una vocación anticomunista que asociaba los problemas de violencia del país con la nefasta influencia soviética.

A pesar de lo anterior, en la arena internacional la posición de Colombia nunca fue muy clara a la hora de definir su enemigo directo, pues si bien cuando el país, por intermedio del Estado, decidió participar militarmente en la guerra de Corea en 1950, la enemistad con el bloque comunista no trascendía más allá de una confusa asociación entre los hechos ocurridos el 9 de abril de 1948, conocidos como el *Bogotazo*, y la supuesta acción intelectual de la Unión Soviética. Pero estas circunstancias no hacían de la Unión Soviética y sus satélites encabezados por China comunista el enemigo del país, a pesar de

⁵ Turbay Ayala Julio César, “«La operación panamericana»: Discurso pronunciado en el banquete ofrecido en honor del presidente Kubitschek [de Brasil] para entregarle la condecoración de la orden de Boyacá, en la categoría de gran cruz extraordinaria, el día 16 de diciembre de 1959, en Río de Janeiro”, en *Política Internacional de Colombia*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1961, p. 159.

⁶ Ambrose Stephen, *Hacia el poder global: la política norteamericana desde 1938 hasta Reagan*, Buenos Aires, Grupo editorial Latinoamericano, 1996, pp. 113-148.

⁷ Véanse *Memorias de Relaciones Exteriores* del periodo estudiado, 1951-1960.

que a este último se había combatido directamente en las trincheras coreanas.⁸ Como fue recalcado por el Ministro de Relaciones Exteriores, Alfredo Vásquez, para la participación de las fuerzas colombianas en Corea no se había necesitado declaración de guerra formal contra ningún Estado, pues lo hacía en el marco de una acción internacional.⁹

Si bien no existía la certeza de quien era el enemigo internacional de Colombia en la fase más álgida del anticomunismo, si se aseguraba de forma enfática que el país intervendría militarmente en cualquier región del mundo, y según argumentos de este periodo, se planteaba entre otros que la “defensa de nuestra soberanía no solamente está en las riberas de los grandes ríos fronterizos, sino quizá, en Berlín o en el Paralelo 38”, incluso que el país “siente como propia la causa de todas las naciones libres, lo mismo en Europa que en Asia o en América”.¹⁰ Por así decirlo, se pelearía donde se necesitara como parte de un deber nacional frente a los acontecimientos internacionales.

Esta última parte se une a otro de los aspectos indispensables para entender la política exterior militar de esta década. El escaso margen de maniobra de América Latina frente a los Estados Unidos, pues más que ningún otro continente en el contexto mundial se encontraba circunscrito al “hemisferio occidental” y por ende a la potencia dominante y a sus requerimientos. A pesar de esto, y si bien los países del área latinoamericana eran el respaldo político y diplomático para los Estados Unidos en la arena internacional, en muy pocas ocasiones se mostraron de acuerdo en apoyar a la “superpotencia” en sus aventuras militares. El ejemplo por excelencia fue el rechazo de todos los países de la zona, con excepción de Colombia, para participar en la guerra de Corea a pesar de toda la campaña diplomática que realizó la administración Truman para lograr que se comprometieran en este conflicto.¹¹ Aunque vale la pena anotar que años más tarde por intermedio norteamericano, Brasil comprometió tropas en la crisis del canal del Suez. Sin embargo el país suramericano lo hizo por tratarse de una operación de paz alejada por completa de la posibilidad de una acción militar directa.

En este punto es donde cabe el argumento de Schmitt sobre la relación *amigo-enemigo* en el que contempla que si un país “se deja decidir por un extraño quien es el enemigo y contra quien debe o no debe combatir, es que ya no es un pueblo políticamente libre, sino que esta integrado en o sometido a otro sistema político”.¹² En esta línea Colombia estaba subordinada al sistema norteamericano, pues este definió cual era la fuerza que debía

⁸ Ortiz Alvarado Danilo, *En Busca de la Gloria*, Cali (Colombia), Ortiz y Cantillo Editores, 1992, pp. 128-129.

⁹ Ministerio de Relaciones Exteriores, *Conferencia del Señor Doctor Alfredo Vásquez Carrizosa, Ministro encargado de relaciones exteriores. Dictada desde la Radiodifusora Nacional. El 20 de agosto de 1952*, Bogotá, Dirección de Información y Propaganda de la Presidencia de la República, Imprenta Nacional, 1952, p. 6.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ Urán Carlos Horacio, “Colombia y los Estados Unidos en la Guerra de Corea”, *The Hellen Kellogg Institute for International Studies*, University of Notre Dame, Working Paper No. 69, Mayo de 1986, pp. 1-24.

¹² Schmitt Carl, *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza editorial, 1998 [1932], p. 79.

repeler con todo vigor. Aunque desde la perspectiva nacional se consideraba más bien que Estados Unidos era un amigo y al mismo tiempo un aliado al que se debía apoyar.

Desde los primeros años de la década, y después de comprometidas las primeras fuerzas militares del país en la guerra de Corea la política exterior colombiana inició una fase de acercamiento total a los Estados Unidos. Según se decía, el apoyo era una muestra de la amistad firme y duradera que existía entre las dos naciones. Si bien esto es cierto pues las relaciones entre los dos países han sido de complementariedad, especialmente para Colombia.¹³ La relación era completamente desigual ya que la “superpotencia” occidental no tenía una fuerza equiparable en este lado del mundo y menos al compararse junto a un país tan modesto como Colombia.¹⁴

No obstante, Colombia fue el primer país latinoamericano en ofrecer fuerzas militares para luchar en la guerra de Corea como parte de una iniciativa gubernamental. Frente a este ofrecimiento los Estados Unidos valoraron al Ejército colombiano de la siguiente forma: “El ejército colombiano está compuesto de seis brigadas, totalizando 22.000 hombres. Su disciplina es buena, su moral aceptable y su eficiencia en combate más bien pobre”.¹⁵ El apelativo de “pobre” no era más que una apreciación muy certera de los estadounidenses respecto al Ejército nacional, el cual debido a que por años se encontraba enfrascado en problemas de orden público tenía muy poco de fuerza regular.

A pesar de esto el valor de la participación de Colombia en las acciones de guerra en Corea tenía un peso político y diplomático incomparable, pues a través de esta iniciativa se buscaba mostrar la solidez del bloque occidental frente a la Unión Soviética y de igual manera incentivar a otros países de América Latina para que se involucraran en el conflicto asiático. Si bien esto no se logró, Colombia fue tomando un lugar privilegiado respecto a los Estados Unidos por lo menos durante la década de los cincuenta. Tanto así que la permanencia del Batallón Colombia Número 1, en acciones militares en Corea entre los años de 1951 y 1954 acercó al Ejército colombiano entrañablemente a su contraparte norteamericana.

Es así como la política exterior colombiana en los asuntos militares se acogió al alineamiento con los Estados Unidos, puesto que la posición política y diplomática fue llevada al límite mediante el apoyo militar a causas que abanderaba el país del norte. Existía un tipo de alianza que si bien era desigual se legitimaba por la necesidad de uno y otro país, en este caso uno poderoso y otro débil. El contacto en asuntos militares fue más cercano que nunca. Colombia más que imitar reforzó la posición estadounidense, pues la dirigencia nacional creía firmemente en ello. La amistad militar se había sellado en las adversidades, según esto: “[...] las Fuerzas Armadas de las dos Naciones han sabido sellar con su sangre y con el sacrificio de muchas vidas en los campos de Corea. Estos

¹³ Bushnell David, “De Panamá a Corea, una trayectoria controvertida: La relaciones colombo-norteamericanas”, en *Pensamiento y Acción*, Tunja, número 6, septiembre 1978, p. 8.

¹⁴ Randall Stephen J., *Aliados y distantes: Historia de las relaciones entre Colombia y EE.UU desde la independencia hasta la guerra contra las drogas*, Bogotá, Tercer Mundo Editores-Ediciones UNIANDES, 1992, p. 22.

¹⁵ Urán, *op cit*, p. 33.

sacrificios en beneficio de un mismo ideal, así como las esperanzas y los esfuerzos que conjuntamente hemos hecho y continuamos haciendo [...]”.¹⁶

En este sentido años más tarde Colombia respondió afirmativamente frente al requerimiento hecho por las Naciones Unidas, y bajo la iniciativa estadounidense, para participar con tropas regulares colombianas en la crisis del canal de Suez entre los años 1956 y 1958, por intermedio del Batallón Colombia Número 2. El país era visto como un aliado de las causas justas en el contexto internacional, además, que su experiencia político-diplomática en Corea le daba especial relevancia y prestigio frente al concierto internacional. Esto se percibe en la gran actividad exterior de Colombia, la cual se destacó por la activa participación en organismos internacionales como las Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos, espacios de batalla por excelencia del denominado “Hemisferio Occidental”.

Pero lo más representativo de la participación internacional del país fue su ferviente labor en el Consejo de Seguridad de la ONU, uno de los espacios más calientes de la Guerra Fría, pues en su seno se defendían los intereses de las “superpotencias” y se decidía si era oportuno hacer uso de la fuerza para resolver problemas internacionales. En dos ocasiones durante los años cincuenta el país hizo parte del mencionado Consejo. La primera vez tuvo lugar entre el 1 de enero de 1953 y el 31 de diciembre de 1954,¹⁷ y la segunda, desde el primero de enero de 1957 hasta el fin de ese año.¹⁸

No es del todo extraño que mientras los Batallones Colombia Número 1 y 2 actuaban respectivamente en la guerra de Corea y en la crisis del Canal de Suez, la dirigencia política nacional formara parte de Consejo de Seguridad y defendiera con ahínco la fuerza como una prolongación de la política al mejor estilo clausewitziano. Vale la pena resaltar que Colombia sin una tradición militar resultó comprometida en sucesos internacionales de grueso calibre, pues en los dos casos cada superpotencia hizo gala de la disuasión atómica para lograr sus cometidos en el concierto internacional. Estados Unidos para lograr la firma de armisticio en Corea en 1953, y la Unión Soviética para obligar a Gran Bretaña y a Francia a retirarse de Suez en 1956.¹⁹

Aunque las tensiones en el panorama mundial eran de tipo militar, América Latina no fue una zona de preocupación para Washington durante la década de los cincuenta. Sin embargo, la dirigencia política colombiana y buena parte de los sectores militares consideraban el respaldo militar como la forma de lograr un lugar destacado en el mundo de aquellos días. Tanto así que un oficial del Ejército colombiano finiquitaba un memorándum sobre la falta de atención que Estados Unidos había prestado al país en sus solicitudes militares, de la siguiente forma: “Colombia está ligada íntimamente a la

¹⁶ Rojas Pinilla Gustavo, “«Colombia y los Estados Unidos»: Con motivo de la presentación de las cartas credenciales del nuevo Embajador Americano, Señor Rudolf E. Schenfeld, 28 de enero de 1954”, en *Mensajes y discursos: 1954*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1954, p. 21.

¹⁷ Sourdis Evaristo, *Memoria de Relaciones Exteriores: Junio 13 de 1953 a junio de 1956*, tomo II, Bogotá, Empresa Nacional de Publicaciones, 1956, p. 17.

¹⁸ Sanz de Santamaría Carlos, *Memoria de Relaciones Exteriores: Julio de 1956 a julio de 1957*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1957, p. 167.

¹⁹ Hobsbawm Eric, *Historia del siglo XX: 1914-1991*, Barcelona, Critica-Grijalbo, 1995, pp. 233-240.

política exterior de los Estados Unidos y no en forma retórica, sino respaldando la firma de los tratados con hombres que han ido a los frentes de combate, al lado de las tropas americanas”.²⁰

Sobre la política colombiana con los Estados Unidos de América para el año de 1959, se decía que éramos un país pequeño con posibilidades limitadas, pero compartíamos junto con los Estados Unidos la gran tarea de “*la defensa de la civilización occidental*”.²¹

ESTADOS UNIDOS UNA REFERENCIA MILITAR PARA EL EJÉRCITO DE COLOMBIA

Los Antecedentes: ¿Una Modernización Militar tardía pero Efectiva?

Colombia fue el país latinoamericano que más tardíamente inició la profesionalización de su Ejército.²² Esta comenzó en el año de 1907, gracias a la diligencia del presidente Rafael Reyes y a la activa participación de la *Misión Militar Chilena* que fue contratada para tal fin. Durante la primera mitad del siglo XX y al igual que los demás países de la región, Colombia recibió la influencia militar europea, por medio de la “prusianización de segunda mano”²³ impartida por los instructores chilenos y ratificada posteriormente por misiones militares de Suiza²⁴ y Alemania.²⁵ Como ocurrió con otras instancias de la vida del país, la modernización militar se hizo volcando las miradas a los modelos foráneos tratando de “europeizar” las fuerzas militares nacionales.

Desde sus orígenes como organizaciones modernas, las fuerzas militares latinoamericanas, y por ende las colombianas, estuvieron influenciadas por modelos militares extracontinentales, difundidos por las potencias hegemónicas o por sus satélites más allegados, por ejemplo Chile. A partir del siglo XIX cada nueva potencia mundial buscaba influir en los ejércitos de América Latina para demostrar su rol hegemónico y

²⁰ Sin Autor, *Memorandum para el Señor Brigadier General Luis E. Ordoñez*, Bogotá, Febrero 26 de 1958, Archivo Presidencia de la República, Junta Militar, Caja 9, Carpeta 55, fl. 2. [*De aquí en adelante APR*].

²¹ Turbay Ayala Julio César, “Intervención del Ministro de Relaciones Exteriores en la Cámara de Representantes en la sesión del día 27 de abril de 1959, sobre la política de Colombia con los Estados Unidos de América”, en *Memoria de Relaciones Exteriores: Julio de 1958 a julio de 1959*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1959, p. 52.

²² Rouquié Alain y Suffern Stephen, “Los militares en la política latinoamericana desde 1930”, en Leslie Bethell (editor), *Historia de América Latina*, volumen 12, Barcelona, Editorial Critica, 1997, p. 317.

²³ Esta definición es tomada de Alain Rouquié, sin embargo preferimos el término “prusianización” de Ferenc Fisher al menos castizo “prusificación” que aparece en la traducción al español del texto de Rouquié, véanse Rouquié Alain, *El Estado militar en América Latina*, México, Siglo XXI, 1984, p. 96; y Fisher Ferenc, “El ejército chileno y la influencia militar alemana (1885-1914)”, en *El modelo militar prusiano y las Fuerzas Armadas de Chile: 1885-1945 (Ensayos)*, Hungría, University Press Pécs, 1999, p. 31.

²⁴ El presidente José Vicente Concha se dirigió a Suiza para obtener una misión militar por considerar que este país al igual que Colombia, era montañoso, además que ambos ejércitos habían sido sometidos a la influencia prusiana, véanse Helg Aline, “El desarrollo de la instrucción militar en Colombia en los años 20: Estudio del impacto de una misión militar suiza”, en *Revista Colombiana de Educación*, Bogotá, número 17, enero-junio 1986, pp. 19-40; y Fischer Thomas, “Proyectos de reforma, instrucción militar y comercio de armas de la Misión Militar Suiza en Colombia (1924-1928)”, en *Historia y Sociedad*, Medellín, número 5, diciembre de 1998, pp. 49-89.

²⁵ Bermúdez Rossi Gonzalo, mayor (r), *El poder militar en Colombia: De la colonia a la contemporaneidad*, Bogotá, Editorial Expresión, 1992, p.22.

capacidad de acción en la región.²⁶ Cada misión militar que un país europeo lograba instalar en América Latina, significaba un aliado más a la causa internacional del país contratado y un nuevo cliente para su industria militar. De ahí que Chile nunca fuera competencia para los europeos, pues este país impartía el modelo militar prusiano pero no tenía capacidad de vender armamento a los países que instruía.²⁷

Siguiendo los postulados clásicos sobre la profesionalización militar: tecnificación, disciplina y consolidación de un *esprit de corps*,²⁸ el Ejército colombiano, inició su modernización como parte de un proyecto de la dirigencia nacional que pretendía sacar de la lucha política a la tropa. Aunque los oficiales siguieron participando en política de forma encubierta durante la primera mitad de la centuria. La supresión del voto para los miembros de las fuerzas militares, mediante la *Ley 72 de 1930* y la consolidación del carácter de respeto a las normas constitucionales heredado de la tradición militar prusiana,²⁹ permitieron que Colombia se convirtiera en un caso especial en el contexto latinoamericano por lo menos hasta los años cincuenta: sin golpes militares ni con oficiales con un poder desproporcionado. Esto a pesar de la generalización que hace Samuel Fitch sobre América Latina, según la cual, la institución militar ha tenido una tendencia generalizada a ocupar el poder político en prácticamente toda la región.³⁰

Para concluir este apartado se puede decir que los militares colombianos desde su fase modernización más temprana aceptaron que la instrucción militar viniera de afuera. Todo esto a pesar de que por su mismo carácter, las fuerzas militares son consideradas como el bastión máximo de la nacionalidad.³¹ No obstante, más que crear reticencias hacia los instructores militares extranjeros, se consideraba que estos permitían el acceso a tecnología y conocimientos tácticos que eran imposibles de crear en el país por la falta de grandes conflictos internacionales.

Estados Unidos: La Única Opción Militar

En la segunda mitad del siglo XX los países latinoamericanos ya no podían escoger entre alguno de los modelos militares europeos, pues las posibilidades de decisión se restringieron a los designios de la política mundial, al igual que a la relación de subordinación de estos países frente a los Estados Unidos. Desde finales de los años veinte este país había logrado instalar algunas bases militares en los países latinoamericanos. Sin embargo solo se convirtió en un hecho generalizado en los años previos a la Segunda Guerra, cuando Washington firmó convenios con los diferentes

²⁶ Varas Augusto, "Autonomización castrense y democracia en América Latina", en *La autonomía militar en América Latina*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1988, p. 17.

²⁷ Fisher Ferenc, "La expansión indirecta de la ciencia militar alemana en América del Sur: La cooperación militar entre Alemania y Chile y las germanófilas misiones militares chilenas en los países latinoamericanos (1885-1914)", en *El modelo*, *op cit*, pp. 129-131.

²⁸ Huntington Samuel P., *El soldado y el Estado: Teoría y política de las relaciones cívico-militares*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1995, pp. 19-20.

²⁹ Pizarro Leongómez Eduardo (con la colaboración de César Torres del Río), "La profesionalización militar en Colombia: (1907-1944)", en *Análisis Político*, Bogotá, número 1, mayo-agosto 1987, pp. 23-28.

³⁰ Fitch John Samuel, *The Armed Forces and Democracy in Latin America*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1998, pp. 1-2.

³¹ Harries-Jenkies Gwyn y Moskos Charles C., *Las Fuerzas Armadas y la sociedad*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, p. 108.

países de América Latina para que permitieran la instalación de unidades militares vitales para su seguridad nacional (especialmente aéreas y navales).³²

Esto fue posible gracias al marco diplomático preparado en diferentes reuniones de los ministros de relaciones exteriores del continente que instaron por la “solidaridad continental”.³³ Durante la Segunda Guerra, los Estados Unidos lograron un acercamiento militar con los países del subcontinente, gracias a la *Ley de Préstamo y Arriendo* (1941)³⁴ y a los acuerdos conseguidos en la Tercera Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores celebrada en Río de Janeiro en 1942. De ella surgió el *Inter-American Defense Board*, que permitió el enlace entre las fuerzas militares norteamericanas y sus similares de América Latina. Según varios especialistas estos dos hechos iniciaron el proceso de sometimiento global de las fuerzas armadas latinoamericanas a los designios de la política exterior norteamericana.³⁵

La doctrina de “agresión extracontinental” cambio rápidamente de enemigo, de los países del Eje por la Unión Soviética. No obstante, la influencia militar estadounidense no se hizo completamente efectiva a partir de la Segunda Guerra, pues tal y como lo consideran Fernando Calderón y Ferenc Fisher, es solo hasta los primeros años de la Guerra Fría que las fuerzas militares de América Latina alcanzaron un acercamiento importante respecto a los Estados Unidos.³⁶ Tanto así que para 1941 en los círculos oficiales de Washington, las fuerzas armadas latinoamericanas no ocupaban un lugar relevante en las discusiones del momento.³⁷ Es gracias a la firma, por 19 Estados americanos del *Tratado Interamericano de Asistencia Militar* en 1947, que la legitimación del predominio militar estadounidense sobre América Latina se hizo efectiva.

El Ejército de Colombia: De un Modesto Acercamiento a una Relación Consumada
Para Atehortua y Vélez, el acercamiento de las fuerzas militares colombianas a los Estados Unidos se inició con el gobierno de Eduardo Santos, en lo que denominan la “adscripción a Norteamérica”. Consideran que “Desde entonces [1939], en los avances técnicos y doctrinarios del Ejército empezó a hacerse más evidente y definitivo el

³² Veneroni Horacio, *Estados Unidos y las Fuerzas Armadas de América Latina: La dependencia militar*, Buenos Aires, Editorial Periferia, 1973, p. 61.

³³ Fernando Calderón señala cuatro reuniones claves para definir el problema de la “seguridad continental”, estas son Lima (1939), Panamá (1939), La Habana (1940) y Río de Janeiro (1942). Calderón Fernando, “La ideología militar en Colombia (II)”, en *Documentos Políticos*, Bogotá, número 138, septiembre-octubre 1979, p. 54.

³⁴ Para el caso de Colombia el «*Pacto de Préstamo y Arriendo*» fue firmado el 17 de marzo de 1942, véase Bushnell David, *Eduardo Santos y la política del buen vecino: 1938-1942*, Bogotá, El Áncora Ed., 1984, p. 134.

³⁵ Véanse Koning Hans-Joachim, “El intervencionismo norteamericano en Iberoamérica”, en *Historia de Iberoamérica*, tomo III, Madrid, Ediciones Cátedra, 1988, p. 447, quien considera que el equipamiento militar iberoamericano pasó a depender en gran medida de los Estados Unidos, a diferencia de lo que sucedía anteriormente cuando era proporcionado por los países europeos; y Pizarro Leongómez Eduardo (con la colaboración de César Torres del Río), “La profesionalización militar en Colombia: El periodo de la violencia”, en *Análisis Político*, Bogotá, número 2, septiembre-diciembre 1987, p. 20.

³⁶ Calderón Fernando, “El adiestramiento militar: Una forma de dominación imperialista”, en *Documentos Políticos*, Bogotá, número 132, julio-agosto 1978, p. 81; y Fisher Ferenc, “La política militar, en *El modelo*, op cit., pp. 247-250.

³⁷ Fisher Ferenc, *Ibid.*, p. 249.

encuadre del Estado y de la sociedad colombiana dentro del marco de dominación internacional del Pentágono y de la Casa Blanca”.³⁸ Este último argumento es muy acertado, puesto que a partir de esta administración se estrechan los lazos militares con la potencia del norte.³⁹ No obstante este acercamiento fue predominantemente diplomático y solo se hizo efectivo mediante misiones de asesoramiento naval y aéreo desde el año de 1939.⁴⁰ Para el Ejército solo se consideró de forma tentativa, contratar un oficial estadounidense para impartir cursos administrativos a los oficiales colombianos.⁴¹

Las fuerzas terrestres colombianas tardaron en asumir un rol similar al de la Armada y la Fuerza Aérea respecto a los Estados Unidos, debido a que para el año de 1940 había sido contratada una misión militar francesa que según palabras del Ministro de Guerra, se adaptaba mejor a los ideales y costumbres del país. Esta misión estaba conformada por tres oficiales que iniciaron labores en mayo de 1940. Además, se había planeado el envío de ocho oficiales colombianos a Francia pero debido a la declaratoria de guerra el viaje fue cancelado; no obstante se señalaba que ningún oficial nacional había salido al exterior en comisión de estudio.⁴² Al año siguiente la *Misión Militar Francesa* fue suspendida por causa de la guerra pero dos de los oficiales contratados continuaron impartiendo clases en la Escuela Superior de Guerra.⁴³

El acercamiento del Ejército colombiano a los Estados Unidos solo se dio hasta el año de 1942. Cuando por razones de la entrada definitiva del país del norte en la Segunda Guerra, fue firmado un tratado bilateral en el cual se contrató una misión técnica norteamericana para las fuerzas terrestres de Colombia.⁴⁴ A pesar de lo anterior, el gobierno estadounidense mantuvo durante la guerra cierta distancia respecto al Ejército de Colombia, pues según un informe del F.B.I. existía una alta concentración de militares con tendencias pro-nazis que iban en contra de los intereses bélicos estadounidenses.⁴⁵ Por otro lado después de la legalización de los convenios militares con Estados Unidos se seguían publicando manuales de origen francés y recomendando a la oficialidad colombiana su lectura.⁴⁶ El más relevante a nuestro modo de ver fue el manual titulado:

³⁸ Atehortúa Cruz Adolfo León y Vélez Ramírez Humberto, *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo Editores-Universidad Javeriana de Cali, 1994, p. 146.

³⁹ Bushnell David, *Eduardo*, *op cit.*, pp. 16-18.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 66-74.

⁴¹ Castro José Joaquín, *Memoria del Ministro de Guerra al Congreso Nacional de 1939*, Bogotá, Imprenta del Estado Mayor General, 1939, p. XIII.

⁴² Castro José Joaquín, *Memoria del Ministro de Guerra al Congreso Nacional de 1940*, Bogotá, Imprenta del Estado Mayor, 1940, p. XV-XIX.

⁴³ Castro José Joaquín, *Memoria del Ministro de Guerra al Congreso Nacional de 1941*, Bogotá, Imprenta del Estado Mayor, 1941, p. XXVIII.

⁴⁴ El pacto es conocido como: «*Agreement Between the United States of America and Colombia, 1942*»; véase Bushnell, *Eduardo*, *op cit.*, p. 134.

⁴⁵ Donadio Alberto y Galvis Silvia, *Colombia nazi, 1939-1945*, Medellín, Hombre Nuevo Editores, 2002 [1986], pp. 308-314.

⁴⁶ Véanse Londoño Julio (coronel), *Ensayo de memento táctico “Saber para obrar”*, (traducido de la obra en francés “*Essai de memento tactique*”), Suplemento al “Memorial del Estado Mayor”, Bogotá, Sección Imprenta y Publicaciones, 1942; y Estado Mayor General de las Fuerzas Militares, *Ayuda memoria del oficial de infantería “Extractos”* (traducido del francés), Bogotá, Sección Imprenta y Publicaciones, 1943.

«Instrucción sobre el empleo táctico de grandes unidades», que tenía como objetivo servir de referencia para la conducción de las tropas colombianas en todos los niveles.⁴⁷ Aún después de finalizada la guerra el asesoramiento militar estadounidense se reducía a aspectos específicos y muy poco enfocados al cambio de doctrina en el Ejército.⁴⁸ Entre las labores cumplidas por la Misión Militar estadounidense se encontraban: crear una escuela de panaderos y cocineros, supervisar a conductores y mecánicos, llevar a cabo labores de enlace con el Ejército estadounidense, formar un cuerpo de ingenieros militares, instruir al personal colombiano en el manejo de nuevas armas y traducir manuales técnicos, entre otros.⁴⁹ Durante los siguientes años el acercamiento a la doctrina estadounidense continuó siendo más bien débil, pues según la *Memoria de Guerra* del año 1947, la Misión Militar de los Estados Unidos actuaba como consejera del Ministerio de Guerra en asuntos pertinentes a la guerra terrestre.⁵⁰

Hacia finales de los años cuarenta se dieron algunos pasos fundamentales para el acercamiento del Ejército colombiano a la organización militar estadounidense. Entre ellos los más relevantes fueron: la organización de un batallón experimental de infantería por parte de un grupo de veteranos de guerra estadounidense, el cual tenía como propósito servir para la difusión del proceder militar estadounidense en las demás unidades militares colombianas.⁵¹ Además en el sentido inverso había comisiones militares de las tres fuerzas colombianas: Ejército, Marina y Aviación en los Estados Unidos. Sin embargo, no era el único país de destino para los militares nacionales, pues según se informaba había comisiones del Ejército en Chile, Argentina y Francia países relevantes en los aspectos militares.⁵²

Otro elemento que sirve de referencia para identificar el proceso de norteamericanización, fue la reorganización que sufrió el Estado Mayor del Ejército, para lo cual se contó con la asesoría de la *Misión Militar Americana*. Esta labor se caracterizó porque siguió la organización básica del Ejército de Estados Unidos. Es decir, compuesta

⁴⁷ A modo de “advertencia”, se señalaba la viabilidad de los métodos militares franceses, los cuales eran más metódicos que los de otros países, además que por su índole latina se adaptaban mejor al carácter del soldado colombiano; Estado Mayor de las Fuerzas Militares, *Instrucción sobre el empleo táctico de las grandes unidades* (traducción del texto “*Instruction sur l’emploi tactique des grandes unités*”, hecha del original francés), Bogotá, Sección Imprenta y Publicaciones, 1942, p. 3.

⁴⁸ Cabe anotar que el modelo militar estadounidense no ha sido asimilado en su totalidad hasta el día de hoy a pesar de los años. Los rasgos prusianos, como la rígida diferencia entre oficiales y suboficiales, los comportamientos agresivos, las voces de mando siguen siendo prueba del arraigo de estas viejas enseñanzas. Solo hasta el año de 2003, los primeros suboficiales colombianos ingresaron a asesorar tácticamente en el Estado Mayor General del Ejército, aplicando una costumbre del sistema militar estadounidense, véase Agencia de Noticias del Ejército, “Sargentos Mayores: Nuevos asesores de altos mandos militares” [documento en línea], Bogotá, [citado 28 de octubre de 2003], disponible en <<http://www.ejercito.mil.co>>.

⁴⁹ Véanse Espinel Domingo (general), *Memoria del Ministro de Guerra al Congreso Nacional de 1945*, Bogotá, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1945, pp. 33-34; y Tamayo Luis, *Memoria del Ministro de Guerra al Congreso Nacional de 1946*, Bogotá, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1946, p. 12.

⁵⁰ Lozano y Lozano Fabio, *Memoria del Ministro de Guerra al Congreso Nacional de 1947*, Bogotá, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1947, p. 19.

⁵¹ *Ibíd.*, p. 20.

⁵² Ocampo Germán (teniente general), *Memoria del Ministro de Guerra al Congreso Nacional de 1948*, Bogotá, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1948, p. 10.

por cuatro secciones especializadas: Personal (S-1), Informaciones (S-2), Operaciones, instrucción y organización (S-3) y Servicios (S-4).

Claro está que no todas lograron ser perfectamente asimiladas. Mientras la sección de Personal (S-1) fue reformada para que se ubicara dentro del Estado Mayor del Ejército siguiendo el patrón norteamericano y dejando de actuar de forma aislada, encargándose de ahí en adelante de coordinar todo lo respectivo al personal militar (ascensos, traslados, aptitudes, moral, bienestar entre otras), la sección de Informaciones (S-2) se ocupaba de recibir, seleccionar y difundir información de carácter geográfico y militar con relación al Ejército.⁵³ Una labor diferente a la que cumplía su similar estadounidense, la cual desarrollaba funciones de inteligencia y contrainteligencia. Esta diferencia fue muy bien percibida por el entonces teniente Gabriel Puyana durante su permanencia en Corea, quien como encargado de la sección (S-2) del Batallón Colombia planteaba la errónea asimilación de las funciones del servicio de Informaciones en el país.⁵⁴ Para el caso de las secciones (S-3) y (S-4), cumplían con funciones parecidas a las de su contraparte estadounidense.

Si bien en 1942 el Ejército colombiano comenzó oficialmente la fase de acercamiento a la organización militar norteamericana, el verdadero contacto de las fuerzas nacionales con su contraparte estadounidense para asumir la doctrina militar de este país, mediante la apropiación de la técnica y táctica de guerra, adaptación de manuales militares e incluso en la apariencia externa (uniformes) no se da como un hecho sistemático hasta entrados los años cincuenta, cuando se ve consolidado gracias a la participación colombiana en la guerra de Corea. Tal y como lo señalara el padre de la *polemología*, Gaston Bouthoul, la guerra es el principal de los factores que promueve la imitación de las grandes civilizaciones por parte de los países más débiles. Es así como “la guerra es la más notable de todas las formas de transición de la vida social. *Es una forma de transición acelerada*”.⁵⁵

Como se ha mostrado el proceso de norteamericanización previo tuvo altibajos y no es hasta que se prueba en un teatro de operaciones real la eficacia de organización militar de

⁵³ *Ibíd.*, p. 19. La denominación de los servicios varía según el carácter a la unidad militar que corresponden, por lo menos en los años cincuenta, la letra “G” significaba pertenencia al Comando General de las Fuerzas Armadas, la “E” al Comando del Ejército y la “S” a la plana mayor en el nivel de batallón. Esta conclusión se dedujo de las fuentes consultadas en el *Archivo de la Presidencia de la República*, aunque algunas de las fuentes no tienen muy bien definida la denominación para los servicios, incluso se manejan otras letras de referencia, por ejemplo la “D”, o incluso se confunden (*Nota del Autor*).

⁵⁴ Según lo planteaba el mencionado oficial: “Debo reconocer que lo único que conocíamos los oficiales colombianos al hablar del “S-2” [inteligencia], era lo relativo al sirviente del fusil ametralladora, en nuestra Escuela Militar a quien le correspondía cargar el cañón de repuesto [...]”, Puyana García Gabriel, *¡Por la libertad... en tierra extraña!: Crónicas y reminiscencias de la guerra de Corea*, Bogotá, Banco de la República, 1993, p. 199. No obstante, desde 1945 circulada un manual donde se detallaba el funcionamiento de la sección de inteligencia [G-2], véase Estado Mayor General de las Fuerzas Militares, *Servicio de informaciones* (traducción del manual del Ejército norteamericano por la Misión Militar de los Estados Unidos), Suplemento al “Memorial del Estado Mayor”, Bogotá, Sección Imprenta y Publicaciones, 1945.

⁵⁵ Bouthoul Gaston, *La guerra*, Barcelona, Oikos-Tau, 1971, p. 6. Para una visión más detallada de la tesis de este autor, véase Bouthoul Gaston, *Traité de polémologie: Sociologie des guerres*, París, Payot, 1970.

los Estados Unidos que se abrazó con seguridad. No se puede decir que la *Misión Militar Americana* tuviera como labor sistemática convertir al Ejército de Colombia a su modelo, pues ni siquiera la *Misión Militar Chilena* había logrado cumplir con este cometido.⁵⁶

Como lo comentara el profesor Leal Buitrago con la participación militar de Colombia en la guerra de Corea, la débil dependencia que existía entre el Ejército de Colombia y su contraparte norteamericana concluye, y se estrechan lazos definitivamente.⁵⁷ La simple mirada de un soldado colombiano refleja la admiración por la eficacia en combate de los estadounidenses en Corea:

Esto es hermoso desde el punto de vista militar [...] Sensacional espectáculo éste de ver en una noche oscura, piezas enormes disparando [...] el voraz fuego del napalm el que arrasa con toda la vegetación del terreno víctima del ataque de las brigadas [regimiento] en entrenamiento. [...] A los americanos no les importa la cantidad de munición o abastecimientos que se gasten en el entrenamiento, lo que les importa es que el soldado quede bien entrenado, lo demás es secundario.⁵⁸

El marco diplomático que acercó a los dos ejércitos se da gracias al *Pacto de Asistencia y Asesoría Militar* firmado en 1949 y ratificado mediante la oficialización del *Pacto de Asistencia Militar* (PAM) el 17 de abril de 1952, conocido este último como “Acuerdo de Asistencia Militar”.⁵⁹ Según un informe oficial este pacto se firmó durante la guerra de Corea en momentos en que Estados Unidos esperaba comprometer a más países latinoamericanos en este conflicto, pero el cual se quedó en letra muerta.⁶⁰ No obstante, se señalaba que el acuerdo buscaba mantener elementos militares latinoamericanos entrenados, organizados y equipados para actuar conjuntamente con Estados Unidos,⁶¹ lo que más tarde se conocería como estandarización militar.

⁵⁶ Sobre las dificultades sufridas por la Misión Militar Chilena en Colombia, véase Blair Trujillo Elsa, *Las Fuerzas Armadas: Una mirada civil*, Bogotá, CINEP, 1993, pp. 37-38

⁵⁷ Leal Buitrago Francisco, *Estado y política en Colombia*, Bogotá, Siglo XXI Editores-CEREC, 1984, p. 245.

⁵⁸ Forero Juvenal, “Palabras sencillas: Cartas de Corea, Pusan (Corea), junio 18 de 1951”, en *Diana: Revista del Comisariato del Ejército*, Bogotá, número 2, noviembre de 1953, sin numeración, [entre páginas 48-49]. La organización militar estadounidense no concibe a la brigada como unidad orgánica de combate, esta función la cumple el regimiento (*N. del A.*).

⁵⁹ Colombia, *Acuerdo de Asistencia Militar entre la República de Colombia y los Estados Unidos de América*, APR, Despacho Señor Presidente, Ministerio de Relaciones Exteriores, sin lugar, 1953, Caja 88, Carpeta 29, fls.135-139.

⁶⁰ Baquero Herrera L. A. (contralmirante) y Zuleta Ángel Eduardo, *Ayuda Militar*, Washington, julio 11 de 1955, APR, Secretaria General, Embajada de Colombia, Caja 1, Carpeta 22, fls. 1-12.

⁶¹ Urdaneta Roberto, “Mensaje del excelentísimo señor doctor Roberto Urdaneta Arbeláez, designado encargado de la presidencia de la República al Congreso Nacional, en sus sesiones extraordinarias de 1952”, en *Diario Oficial*, Bogotá, Imprenta Nacional, número 27935, 26 de junio de 1952, tomo II, p. 1125. Según este mensaje Colombia no fue el primer país en firmar el *Pacto*, otros lo habían hecho anteriormente: Ecuador, el 20 de febrero; Perú, 22 del mismo mes; Cuba, 17 de marzo; Brasil, 15 del mismo mes.

LA «LEGIÓN EXTRANJERA COLOMBIANA»: EL BATALLÓN COLOMBIA RECOGE EXPERIENCIAS EN COREA Y EL SUEZ

El Batallón Colombia ha sido a través de los años el símbolo por excelencia del accionar internacional del Ejército colombiano ante la ausencia de conflictos internacionales. La historia oficial señala que esta unidad ha tenido una continuidad a través de los años, actuando en teatros de operaciones tan disímiles como Corea, Suez, Vichada, Tolima, Boyacá entre otros,⁶² y más recientemente en el Sinaí,⁶³ buscando sobredimensionar su capacidad de combate frente a sus diferentes adversarios a través de los años, llámeseles bandoleros, guerrilleros, comunistas etc.⁶⁴

Durante los años cincuenta dos unidades militares actuaron en teatros de operaciones internacionales bajo esta denominación, en Corea y el Suez. Claro está que su relación fue simplemente de apelativo, pues la relación entre uno y otro fue casi nula a pesar de la cercanía en el tiempo.⁶⁵ No obstante, hay una relación perceptible en términos de la política exterior colombiana. Los dos batallones fueron un reflejo de la posición colombiana respecto a los Estados Unidos. Según un veterano de Corea: “No éramos unos soldados más sino Embajadores de buena voluntad”.⁶⁶ Años después refiriéndose a la participación en el Suez, el brigadier general Rafael Navas, planteaba que esta selecta Unidad era la representante del país frente al mundo.⁶⁷ Los batallones pasaron de ser simples unidades militares, a cobrar el carácter de representaciones diplomáticas con armas y uniforme, al servicio de los ideales «americanos».

El primer Batallón nació como una unidad especial para luchar en la guerra de Corea mediante el Decreto número 3927 del 26 de diciembre de 1950,⁶⁸ por iniciativa del presidente Laureano Gómez. Estaba conformado enteramente por colombianos y recibió

⁶² Véase Colombia, *Batallón Colombia: 1950-Bodas de plata-1975*, s.p.i.

⁶³ Hasta el día de hoy el “Batallón Colombia” número 3 permanece en la península del Sinaí bajo el patrocinio estadounidense, garantizando los acuerdos de paz de *Camp David* (1979) entre Egipto e Israel, véanse Santos Pico Manuel, “La fuerza multinacional de paz en el Sinaí”, en *Revista de las Fuerzas Armadas*, Bogotá, volumen 38, número 110, enero-marzo 1984, pp. 67-78; y Bagley Bruce y Tokatlian Juan G., “La política exterior de Colombia durante la década de los 80: Los límites de un poder regional”, en *Continuidad y cambio en las relaciones América Latina—EE.UU.*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987, p. 158.

⁶⁴ El análisis más acertado sobre la utilidad de sobredimensionar la capacidad militar a través del prestigio de un cuerpo de tropa se encuentra en el estudio de Omer Bartov sobre el *Blitzkrieg* [guerra relámpago] alemán durante la Segunda Guerra, véase Bartov Omer, “From Blitzkrieg to total war” en *Twentieth-Century Germany: Politics, Culture and Society, 1918-1990*, Fulbrook Mary, Londres, 2001, pp. 121-148.

⁶⁵ Entrevistas con Soldados del Batallón de Infantería Número 1 “Colombia”, miembros de la *Asociación Colombiana de Veteranos en Guerra Internacional* (ASCOVE), Bogotá, Mayo 29 de 2000.

⁶⁶ Torres Almeyda Pablo A., *Impresiones de un combatiente: Colombia en la guerra de Corea*, s.p.i., p. 15. [El texto disponible en la *Biblioteca Nacional de Colombia*, tiene una dedicatoria del autor, fechada en el año de 1960].

⁶⁷ Navas Pardo Rafael (brigadier general), “Las Fuerzas Armadas serán árbitro del movimiento nacional de la paz: Alocución del señor brigadier general Rafael Navas Pardo, Miembro de la Junta Militar de Gobierno, al Batallón Colombia”, en Canal Ramírez Gonzalo, *Del 13 de junio al 10 de mayo en las Fuerzas Armadas: Confrontación de algunas teorías y episodios*, Bogotá, Ediciones Documentos Colombianos, 1958, pp. 140-141.

⁶⁸ Colombia, *Batallón Colombia, op cit.*, pp. 15-21.

asesoría directa de la Misión Militar estadounidense,⁶⁹ así como de una comisión llegada de la Zona del Canal de Panamá con el fin explícito de organizar el batallón para que encajara perfectamente dentro de la organización militar norteamericana. Esto no solo facilitaría el apoyo logístico en el campo de combate sino que era una disposición oficial estadounidense.⁷⁰ La única diferencia fue que el batallón contó con una sección de sanidad propia para evitar los problemas de atención de los heridos por razón de la diferencia de idioma.⁷¹

Este fue el primer paso concreto en el Ejército colombiano, para organizar unidad militar a la semejanza de una estadounidense en todos sus aspectos. Tanto así que las tropas colombianas en el campo de combate se sentían como parte integral de los regimientos estadounidenses a los que fueron asignados. Las memorias de los veteranos lo demuestran. Haber pertenecido al *21 Regimiento de la División Nro. 24* y el *31 Regimiento de la División Nro. 7*; los «*Taladradores*» y los «*Osos Polares*» respectivamente, generó lazos trascendentales.⁷² En palabras de un oficial: “Por primera vez en nuestra historia, ingresaba un Batallón de combate; en un regimiento [estadounidense] doblegado por la gloria”.⁷³

Este argumento tiene un significado especial, según las premisas de J. Keegan sobre la guerra como fenómeno cultural, el *esprit de corps* dentro del sistema militar anglo-americano se moldea a través de la pertenencia a un regimiento y su radical relevancia para unir los lazos entre los soldados es visible por lo menos desde el siglo XVII.⁷⁴ Pertenecer a un regimiento estadounidense en plena guerra de Corea generó lazos irrompibles y acercó a los soldados, y posteriores veteranos colombianos, a la causa de sus camaradas de armas. Un combatiente colombiano señalaba que a los soldados que más agradecía en la línea de combate era a los estadounidenses.⁷⁵ Prácticamente ellos eran los que habían prestado ayuda en los momentos más cercanos a la muerte, tal y como lo narra el subteniente Caicedo, en la crudeza del combate recibió el apoyo de una escuadra estadounidense que le permitió salir mejor librado en una misión.⁷⁶ En este sentido y como es señalado por Bouthoul, la guerra exalta valores y virtudes emocionales

⁶⁹ El gobierno colombiano confirió la Cruz Militar “Antonio Nariño” a los miembros de la Misión Americana por el empeño mostrado en la organización e instrucción del Batallón “Colombia”, igualmente como reconocimiento a los servicios prestados en beneficio del Ejército de Colombia. Los agasajados fueron: (2) Major; (1) First Lieutenant; (5) Sargents First Class; (4) Sargents; (3) Corporal y (2) Private First Class, Ministerio de Guerra, Secretaria General, *Resolución [Pública] Nro. 958, Mayo 14 de 1951*, Archivo Ministerio de Defensa, tomo 1273. [*De aquí en adelante AMD*]. Las resoluciones de la Secretaria General del Minguerra se clasifican en públicas y reservadas (*N. del A.*).

⁷⁰ Valencia Tovar Álvaro y Sandoval Franky Jairo, *Colombia en la guerra de Corea: La historia secreta*, Bogotá, Editorial Planeta, 2001, pp. 163 y 228.

⁷¹ Colombia, *Batallón Colombia, op cit.*, p. 20. Una Sección equivale a dos escuadras, en el caso en mención eran: 3 oficiales, 11 suboficiales y 24 soldados (*N. del A.*).

⁷² *Ibid.*, pp. 236-237, 239 y 272-273; y Puyana, *¡Por la libertad...!*, *op cit.*, pp. 369-378.

⁷³ Caicedo Montúa Francisco, *Banzay: Diario en las trincheras coreanas*, Bogotá, Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares, 1997 [1961], p. 138.

⁷⁴ Keegan John, *Historia de la guerra*, Barcelona, Editorial Planeta, 1995, pp. 32-45.

⁷⁵ Torres Almeyda, *op cit.*, p. 16.

⁷⁶ Caicedo, *op cit.*, p. 192.

como la fidelidad, amistad y lealtad entre combatientes que son prácticamente irrompibles.⁷⁷

La precaria preparación que recibió la tropa en Bogotá para combatir en Asia,⁷⁸ se contrapuso a la realidad que los norteamericanos les hicieron sentir a los soldados colombianos en el campo de entrenamiento en Pusan: “*El entrenamiento debe ser tan fuerte que la guerra misma debe parecer un descanso*”, se convirtió en el lema para todas las tropas que servían junto a los estadounidenses.⁷⁹ Un soldado manifestaba que el entrenamiento “era severo y agotador [...] Todos los días era igual rutina. Se entrenaba bajo el sol a la lluvia, o en la oscuridad de la noche”.⁸⁰ La preparación de todos los aspectos de combate por medio de entrenamientos diurnos y nocturnos, así como la organización de todos los niveles del *Colombia* en sus aspectos operativos y administrativos dieron sus frutos en combate.⁸¹

Del complejo de inferioridad visible en los primeros días de entrenamiento, ante la imposibilidad de manipular una simple ración de campaña,⁸² se pasó a una fuerte seguridad de las tropas colombianas para cumplir con misiones de alto riesgo durante su permanencia en la línea de combate. Tanto que todos los soldados colombianos ansiaban combatir.⁸³ Un hecho algo extraño si se tiene en cuenta que estaba en juego la propia vida. Esto se debió en buena parte al alto sentido de pertenencia que logró integrar a los soldados colombianos por sentirse como los representantes de Colombia ante el mundo y frente a las otras unidades militares.⁸⁴ La Unidad combatió en las acciones bélicas más arriesgadas, incluso en las suicidas.⁸⁵ Por solo citar algunas, participó en las operaciones *Nomada*, *Thunderbolt*, *Climber* y *Barbula* todas estas muy importantes en el desarrollo de la guerra y en las cuales los estadounidenses le confiaron al *Colombia* para ser la punta de lanza, debido a su alta moral y efectividad militar.⁸⁶

En el discurso pronunciado con ocasión del regreso al país del Batallón Colombia de Corea, el 30 de noviembre de 1954, después del visto bueno dado por los Estados Unidos

⁷⁷ Bouthoul, *op cit.*, p. 81.

⁷⁸ Puyana García Gabriel (brigadier general), *Vivencias de un ideal: Relatos que pueden ser historia*, Bogotá, Editora Guadalupe, 2001, p. 109.

⁷⁹ Puyana, *¡Por la libertad...*, *op cit.*, p. 132.

⁸⁰ Ortiz, *op cit.*, p. 35.

⁸¹ Valencia Tovar Álvaro, “La guerra de Corea y su influencia en Colombia”, en *Revista de las Fuerzas Armadas*, Bogotá, volumen LIV, número 172, septiembre de 1999, p. 15. Janowitz afirma que varios sectores militares de los Estados Unidos señalaban que el entrenamiento dado a los soldados en Corea produjo una de las fuerzas militares más efectivas de la historia estadounidense más reciente, véase Janowitz Morris, “Las pautas cambiantes de la autoridad organizativa: La institución militar”, en Bañón Rafael y Olmeda José Antonio (compiladores), *La institución militar en el Estado contemporáneo*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 92.

⁸² Puyana, *¡Por la Libertad...*, *op cit.*, p. 169.

⁸³ Ortiz, *op cit.*, p. 59.

⁸⁴ Ruiz Novoa Alberto, “Colombia en la guerra de Corea”, en *Revista Nueva Frontera*, Bogotá, número 191, julio 1975, p. 10.

⁸⁵ Soto Olarte Jorge (mayor), “Dramático relato hace de su fuga el único colombiano hecho prisionero por los chinos”, en *Revista Hacia la Luz*, Bogotá, volumen 7, número 73, enero 1952, pp. 7-9.

⁸⁶ Valencia y Sandoval, *op cit.*, pp. 243-249, 267-271, 281-285 y 290-291.

para retirar las tropas del teatro de operaciones,⁸⁷ Rojas Pinilla expresó lo valioso de la participación y su utilidad para el Ejército nacional de la siguiente forma:

Pocos ejércitos como el nuestro pueden contar con las invaluable enseñanzas de la guerra moderna y con la experiencia adquirida en los distintos frentes en que nos ha tocado actuar. Toda esta disciplina alcanzada en los campos de combate es de valor incalculable para la defensa nacional, pues los conocimientos, la técnica y el manejo de los nuevos equipos es un acervo que la Nación tiene como reserva ante los contingentes exteriores y una seguridad para su vida interior. Repetid a vuestros hermanos la lección aprendida en Corea: organización de las fuerzas, unidad de mando, cooperación en el servicio, brazos tendidos al camarada en las supremas angustias, grandeza de alma en la derrota y sereno regocijo en el triunfo. Disciplina, paciente preparación, entrenamiento metódico, lealtad, ágil movilización hacia el objetivo, sin que el espíritu se amilane ni el músculo flaquee.⁸⁸

No obstante las enseñanzas solo fueron revertidas en Colombia por intermedio de los oficiales y suboficiales. Ya que los soldados, la gran mayoría del personal combatiente y con la mejor instrucción sobre el funcionamiento de las armas fue licenciado. No hay conocimiento de una política institucional que buscara aprovechar sistemáticamente los conocimientos de este personal, el cual sumaba el 77% de los militares colombianos entrenados por los estadounidenses. Por el contrario fue totalmente desperdiciado. Los soldados a pesar de su entrenamiento no pudieron aplicarlo dentro de la institución militar colombiana, irónicamente Gabriel García Márquez reprodujo las últimas palabras de un veterano víctima en una reyerta de cafetín: “*No me mataron en Corea y me matan en Bogotá*”.⁸⁹

En cuanto al Batallón Colombia Nro. 2, fue creado por el Gobierno colombiano ante la petición hecha por el Secretario de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld, frente a los graves problemas que sucedían en el Canal de Suez a finales de 1956.⁹⁰ Se recurrió a Colombia por su experiencia en Corea, además porque el gobierno egipcio no estaba dispuesto a aceptar tropas en su territorio que pertenecieran a la OTAN.⁹¹ De esta forma

⁸⁷ Embajada de Colombia en Washington, *Confidencial, Oficio Número 297 de Alfonso Patiño Roselli, Encargado de Negocios a Evaristo Sourdis, Ministro de Relaciones Exteriores*, Washington, septiembre 9 de 1954, APR, Secretaria General, Consulados-Apresamientos-Reuniones, Caja 282, Carpeta 16, fls. 42-43.

⁸⁸ Rojas Pinilla Gustavo, “Bienvenida a la patria: Discurso pronunciado con ocasión del regreso al país del Batallón Colombia, 30 de noviembre de 1957”, en *Mensajes y discursos: 1954, op cit.*, pp. 243-244.

⁸⁹ García Márquez Gabriel, “El héroe que empeño sus condecoraciones” en *Lecturas Dominicales*, Bogotá, 3 de septiembre de 2000, p. 8. [Tomado de *Crónicas y Reportajes*, diciembre de 1954].

⁹⁰ Gupta Aditya N., *The Egyptian Crisis and the U.N General Assembly: With Special Emphasis on the Role of Canada, Colombia, India and Norway*, Thesis degree master of arts, Washington, The American University, 1967, pp. 122-124.

⁹¹ Sin autor, *Memorandum*, sin lugar, s.f., APR, Junta Militar, Ministerio de Relaciones Exteriores-Varios, 1958, Caja 11, Carpeta 82, fl. 37.

el país fue la primera nación latinoamericana en responder al llamamiento de la ONU,⁹² pues Brasil solo lo hizo hasta diciembre de 1956.

Tras la aprobación política colombiana, el Ejército procedió rápidamente a la organización y entrenamiento de un batallón de infantería siguiendo los parámetros aprendidos en Corea.⁹³ La única diferencia era que se componía de una Compañía de Comando y Servicios, y dos Compañías de fusileros, sin contar con armas pesadas.⁹⁴ Esta circunstancia se dio por tratarse de una unidad de tipo policial para actuar dentro de la denominada *UNEF* (United Nations Emergency Force) para el Medio Oriente.⁹⁵ Sin embargo, los soldados colombianos contaban con los elementos propios de una unidad de combate previendo posibles problemas de seguridad en la zona que sería desalojada por las tropas anglo-francesas e israelíes.

Los Estados Unidos estuvieron segregados de la *UNEF*, por iniciativa propia para evitar altercados con la Unión Soviética; país que abiertamente respaldó a Nasser y su posición respecto a la nacionalización del Canal de Suez.⁹⁶ Claro está que contó con un buen aliado como Colombia que se encargó en manos de los diplomáticos y militares de velar por el cumplimiento de los objetivos de la fuerza multinacional, como fuera señalado por el Cónsul General de Colombia en Rochester, Minnesota.⁹⁷

Tanta era la relevancia que el gobierno de Washington le dio a la participación colombiana en el Suez, que ante la respuesta de Rojas Pinilla de no enviar tropas colombianas hasta que se garantizara por escrito que los gastos militares serían asumidos por la ONU, los Estados Unidos se hicieron cargo de los costos del batallón colombiano y las necesidades de tipo logístico y militar, sin embargo, bajo la condición de que oficialmente fueran administrados por las Naciones Unidas. Desde la perspectiva colombiana la aceptación para enviar tropas al Medio Oriente se hizo bajo dos condiciones expresas: “a) El plan de operaciones de las Fuerzas de Emergencia fuera aprobado en un todo por el Gobierno de los Estados Unidos; y b) Que en cuanto a

⁹² *Comunicado de Prensa de la Legación de Colombia en Viena*, Viena, octubre de 1956, APR, Información y Prensa, Embajadas-Informaciones, Caja 2, Paquete 2, Carpeta 15, fl. 217.

⁹³ Valencia Tovar Álvaro, “Colombia y la crisis del canal de Suez”, en *Historia de las Fuerzas Militares*, tomo III, Bogotá, Planeta Colombiana, 1993, pp. 227-228.

⁹⁴ Zambrano Cárdenas Ramiro (teniente), “Colombianos en Suez”, en *Revista Militar*, Bogotá, tomo IV, número 16, diciembre de 1959, p. 80.

⁹⁵ Shepherd Lemuel G. Jr. (general U.S. Marine Corps), *Oficio de agradecimiento por envío de tropas al Medio Oriente dirigido al señor mayor general Gabriel Paris, Ministro de Guerra*, Washington, noviembre 16 de 1956, reproducido en *Noticiero Naval*, Bogotá, número 62, diciembre de 1956, APR, Secretaria General, Fuerzas Militares, Caja 2, Carpeta 71, fl. 261, recto y verso.

⁹⁶ Department of State, *Foreign Relations of the United States: 1955-1957*, volume XVI: Suez Crisis, July 26-december 31, 1956, Washington, United States Government Printing Office, 1990, pp. 986-987; y Gupta, *op cit.*, pp. 30-45.

⁹⁷ Consulado General de Colombia, *Traducción de la entrevista dado por el señor Ignacio Amaris, Cónsul General de Colombia en Rochester al Diario “Rochester Post Bulletin”*, Rochester (Minnesota), 26 de noviembre de 1956, APR, Secretaria General, Ministerio de Relaciones Exteriores, Informes y Sugerencias, Caja 4, Carpeta 81, fls. 141-142.

Colombia se refiere, los Estados Unidos de conformidad con el pacto de ayuda militar celebrado en 1951, suministrará los elementos que pudiera requerir nuestro batallón”.⁹⁸

En los aspectos típicamente operativos el *Colombia Nro. 2*, fue trasladado al teatro de operaciones en aviones de la Fuerza Aérea estadounidense.⁹⁹ Desde noviembre de 1956 hasta fines de 1958 participó en labores de control y vigilancia de la línea determinada como frontera entre la zona de Gaza y la república de Israel, impidiendo el paso de personal militar árabe o israelí.¹⁰⁰ En este lapso de tiempo sirvieron en el Medio Oriente un total de tres batallones colombianos. El primero compuesto por 26 oficiales, 92 suboficiales, 328 soldados y 2 civiles; el segundo por 27 oficiales, 169 suboficiales, 288 soldados y 1 civil; y el último batallón por 27 oficiales, 126 suboficiales, 337 soldados y 1 civil.¹⁰¹

En un informe enviado al Embajador de Colombia en Washington, Francisco Urrutia, se señalaron los «*pros y los contras*» de la contribución colombiana en el Suez. El mayor inconveniente que se encontraba era que la *UNEF* se había convertido en una guardia de fronteras, además que el país necesitaba el personal acantonado en el Suez para actuar en los problemas internos. Entre los aspectos positivos se planteaba que: 1) Colombia había cobrado un prestigio internacional sin parangón; 2) en el aspecto militar el contacto con ejércitos de otros países constituía un factor de aprendizaje y progreso para las tropas colombianas; 3) por último, y aun el más relevante, se señalaba que Colombia tenía una carta de triunfo frente a los Estados Unidos, como el país más interesado en que la Fuerza [*UNEF*] cumpliera con su cometido.¹⁰²

No obstante, la administración Lleras Camargo por intermedio del Ministro de Relaciones Exteriores, Sanz de Santamaría, planteaba que la *UNEF* era un “ejército babélico” que no tenía unidad de mando ni una capacidad real de combate. También reiteraba que era “Un ejército limitado a funciones de policía de fronteras. Los batallones extranjeros [incluido el *Colombia*] no están aprendiendo nada de provecho mundial en ese servicio”. Si se habían mantenido las tropas colombianas en esta operación multinacional era porque el país no había asumido los costos económicos de tal circunstancia.¹⁰³

En resumen, podemos decir que los dos batallones *Colombia* contaron con el protectorado de los Estados Unidos. La diferencia radica en que mientras el *Batallón*

⁹⁸ Sin autor, *Memorandum*, 1958, Caja 11, Carpeta 82, *op cit.*, fls. 37-39.

⁹⁹ Embajada de Colombia en Costa Rica, *Oficio dirigido al señor coronel Juan B. Córdoba, Director de la Oficina Nacional de Prensa*, San José, diciembre 7 de 1956, APR, Información y Prensa, Embajadas- Informaciones, Caja 2, Carpeta 15, fl. 457.

¹⁰⁰ Zambrano, “Colombianos en Suez”, *op cit.*, p. 81.

¹⁰¹ Zambrano, Cárdenas Ramiro, *Siluetas para una historia*, Bogotá, Suplemento a la Revista del Ejército, número 29, s.p.i., pp. 79-83.

¹⁰² United Nations Emergence Force, *Contribución colombiana a la Fuerza de Emergencia de las N.U. al Señor Doctor Francisco Urrutia, Embajador de Colombia en Washington*, Gaza (Egipto), abril 26 de 1957, APR, Secretaria General, Embajadas- Informes, Caja 297, Carpeta 47, fls. 48-54.

¹⁰³ Sanz de Santamaría Carlos, *Memoria de Relaciones Exteriores: Julio de 1957 a julio de 1958*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1958, tomo I, pp. 35-36.

Colombia número 1 estuvo bajo una tutoría completamente militar, el número 2, lo estuvo pero bajo una tutela política y diplomática. Por así decirlo se les confió la labor por ser buenos discípulos estadounidenses. No sobra decir que las dos experiencias en el exterior fueron una buena fuente de conocimientos militares, además de que el personal colombiano a su regreso al país se convirtió en difusor de los sentimientos fraternos hacia los Estados Unidos y su ejército.

«ENSEÑANZAS MILITARES DE LA CAMPAÑA DE COREA»: UNA INFLUENCIA SILENCIOSA EN EL CONTEXTO MILITAR NACIONAL

Alberto Ruiz Novoa fue el primer militar colombiano en escribir un libro donde se consignaron de forma sistemática las experiencias aprendidas en Corea bajo la tutela del Ejército de los Estados Unidos. Su destacado papel en el contexto nacional le permitió aplicar sus experiencias en el Ejército colombiano.

Graduado de oficial del ejército en 1933, en la efervescencia de la lucha contra el Perú, continuó su carrera militar sin mayor vocación a pesar de ello tuvo una vida profesional bastante brillante. Recibió un curso de Estado Mayor en la Academia de Guerra de Chile entre 1946 y 1949 donde se relacionó con conocidos militares latinoamericanos. Además ocupó importantes cargos en la jerarquía militar, desde comandante de unidades menores (Batallones Juanambú y Bolívar), pasando por el comando de la Escuela de Infantería y el Batallón Colombia, jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, comandante del Ejército hasta Ministro de Guerra.¹⁰⁴

Ruiz Novoa llegó a ser uno de los personajes más controvertidos dentro del escenario castrense por su concepción a cerca de los problemas colombianos y las opiniones encontradas que tuvo con algunos miembros de las Fuerzas Armadas y la dirigencia política nacional,¹⁰⁵ especialmente desde su llegada al Comando del Ejército en el año de 1959 hasta su retiro intempestivo del cargo de Ministro de Guerra durante el gobierno de Guillermo León Valencia, el 27 de marzo de 1965, tras los rumores de un posible golpe de estado.¹⁰⁶

Este militar fue el primero dentro de los denominados “desarrollistas” colombianos. Oficiales influenciados por “revolución estratégica” estadounidense a comienzos de los sesenta.¹⁰⁷ Claro está que Ruiz “no fue un simple acólito de los intereses estadounidenses;

¹⁰⁴ Sin autor, “Entrevista con Alberto Ruiz Novoa”, en *Revista de Historia*, Bogotá, volumen I, número 6, julio de 1978, pp. 5-6.

¹⁰⁵ Blair, *op cit.*, pp. 94-95.

¹⁰⁶ Leal Buitrago Francisco, *La seguridad nacional a la deriva: Del Frente Nacional a la posguerra fría*, Bogotá, Alfaomega, CESO-UNIANDES, FLACSO, 2002, pp. 39-40; Valencia Tovar Álvaro, *Testimonio de una época*, Bogotá, Editorial Planeta, 1992, pp. 443-447.

¹⁰⁷ Gallón Giraldo G., *La república de las armas: Relaciones entre Fuerzas Armadas y Estado en Colombia, (1960-1980)*, Bogotá, CINEP, 1983, p. 22. La “revolución estratégica” consistía en evitar el triunfo de revoluciones tipo “Cuba” en América Latina, era el cambio de la doctrina militar de la “guerra convencional” por la “guerra irregular”. También fue conocida como “guerra preventiva” o “guerra antisubversiva” y su característica principal fue la *Acción Cívico-Militar*, la cual hasta hoy hace parte de la táctica de guerra del Ejército colombiano en las zonas de conflicto.

fue también uno de los estrategas de las nuevas concepciones”.¹⁰⁸ Fue conocido ampliamente por su libro “*El Gran Desafío*”, en cual sintetizó sus aportes al Ejército de Colombia entre los cuales se encuentran: la publicación de revistas institucionales, la reorganización de la Escuela Militar, la fundación de una cátedra de filosofía militar y el acercamiento de la institución castrense a la sociedad.¹⁰⁹

Sus capacidades como estratega no fueron un mero producto del azar o la instrucción recibida en las escuelas de formación militar, éstas fueron reafirmadas en la misma escuela de la guerra. Durante su permanencia al mando del *Colombia*, entre el 4 de julio de 1952 y el 27 de junio de 1953,¹¹⁰ soportó la etapa más dura en combate para el Batallón, caracterizada por la fiereza de los ataques de los soldados norcoreanos y los voluntarios chinos, los cuales tenían como propósito obtener la mayor cantidad de territorio antes de la firma del armisticio de Panmunjon a mediados de 1953.¹¹¹ Los combates más tenebrosos para las armas colombianas en Corea fueron: la *Operación Barbula* llevada a cabo el 10 de marzo de 1953, en la cual fue imposible capturar un objetivo enemigo; y la defensa del cerro *Old Baldy*, el día 23 del mismo mes.¹¹² Estas dos acciones militares causaron casi la totalidad de las bajas sufridas por el Batallón durante la campaña en Asia.¹¹³ Después de esta doble catástrofe y gracias a la diligencia de Ruiz Novoa para mantener la moral de la tropa, se evitó que el *Colombia* fuera sacado del teatro de operaciones y devuelto al país.¹¹⁴

Si bien la influencia de este militar en el contexto nacional es ampliamente conocida, no suele dársele el mismo crédito cuando se habla de su contribución a la norteamericanización organizativa del Ejército de Colombia durante los años cincuenta. Sin lugar a dudas su principal aporte a la institución militar se materializó en el libro: «*Enseñanzas Militares de la Campaña de Corea Aplicables al Ejército de Colombia*».¹¹⁵ Este texto suele pasar desapercibido y su uso se restringe a un carácter meramente testimonial de la participación colombiana en Corea.¹¹⁶

¹⁰⁸ Leal, *Estado, op cit.*, p. 234.

¹⁰⁹ Ruiz Novoa Alberto, “Sin Razones de un Conflicto”, en *El gran desafío*, Bogotá, Ed. Tercer Mundo, 1965, p. 120. Este libro es una compilación de conferencias y artículos del autor, fue publicado tres meses después de su salida del Ministerio de Guerra, el 23 de abril de 1965.

¹¹⁰ Colombia, *Batallón Colombia, op cit.*, pp. 297 y 305.

¹¹¹ Frente a la opinión pública internacional los soldados chinos eran mostrados por su gobierno como voluntarios que deseaban ayudar a sus hermanos norcoreanos. Estos eran conocidos como «*Chinese People`s Volunteers*», véase Abstener Miguel Ángel, “La guerra de Corea: Extremo oriente en llamas”, en *Historia Ilustrada del Siglo XX*, volumen 4, Bogotá, Circulo de Lectores, 1982, pp. 103-104.

¹¹² Martínez Roa Alejandro, *Sangre en Corea, Un infierno vivido en la guerra: Historia del Batallón Colombia, relatos personales, 1950-1953*, Bogotá, Gráficas Mundo Nuevo, 1974, pp. 163-172.

¹¹³ Valencia y Sandoval, *op cit.*, pp. 284 y 290.

¹¹⁴ *Oficio del teniente coronel Alberto Ruiz Novoa al Señor Teniente General Gustavo Rojas Pinilla*, Corea, 4 de abril de 1953, APR, Despacho Señor Presidente, Ministerio de Guerra-Boletines, Caja 87, Carpeta 23, fls. 313-315.

¹¹⁵ Ruiz Novoa Alberto, *Enseñanzas militares de la campaña de Corea aplicables al Ejército de Colombia*, Bogotá, Antares, 1956.

¹¹⁶ Sáenz, Rovner Eduardo, *Colombia años 50: Industriales, política y diplomacia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia-Sede Bogotá, 2002, p. 47. Vale la pena anotar que este autor analiza el cambio de actitud de Laureano Gómez frente a los Estados Unidos y no la respuesta militar colombiana frente a la guerra de Corea.

A nuestro modo de ver su importancia trasciende el simple testimonio. En este libro se consignaron de forma amplia y detallada las enseñanzas obtenidas en un teatro de guerra real junto al ejército más importante del mundo de aquellos días. Como ha sido habitual en la historia militar de la humanidad, la guerra ha sido una fuente de incalculables conocimientos. Lo más valioso de este caso, es que Ruiz Novoa los recogió de una fuente directa, sin recibirlos de intermediarios, y además que fueron puestos a prueba directamente del campo de batalla.

Como lo señalara uno de sus subordinados, refiriéndose al libro «*Enseñanzas de la Campaña de Corea*», este texto es un estudio prolijo en el que se analizó desde la conducción político-militar de la guerra hasta las enseñanzas de orden estratégico, operativo y táctico relacionadas con cada arma del ejército, todas estas aprendidas junto al VIII Ejército estadounidense.¹¹⁷

«*Enseñanza de la Campaña de Corea*» fue publicado en el año de 1956 mientras Ruiz Novoa se encontraba en el cargo de Contralor de la República y con el fin de ascender al grado de Coronel. Se divide en tres partes. La primera contiene los antecedentes de la intervención de las Naciones Unidas en Corea, las operaciones y las fases de la guerra. La segunda es un recuento de las actividades del Batallón Colombia. La tercera parte, y tal vez la más importante para este análisis, reúne las enseñanzas militares y la viabilidad para ser aplicadas en el Ejército de Colombia.

Para entrar en materia se puede decir que Ruiz Novoa fue consciente de que no todo lo aprendido en Corea podía o debía ser aplicado en el Ejército de Colombia, pues en muchos casos las posibilidades económicas del país no permitían tal hecho. Refiriéndose a la gran capacidad logística y de abastecimientos estadounidense, señalaba que:

[...] la impresión general, es que nosotros, en el Ejército de Colombia no podemos ni debemos aspirar a las comodidades de que gozamos en Corea [junto a los estadounidenses]; en este sentido debemos tender a asimilar la organización de los servicios, pero no nos parece conveniente dar al soldado una serie de comodidades que si muy agradables son innecesariamente costosas.¹¹⁸

Sin lugar a dudas el aspecto que más llamó la atención por su aplicabilidad inmediata sin incurrir en mayores costos, fue la división del trabajo dentro de la Plana Mayor Militar en los cuatro servicios básicos estadounidenses (S-1), (S-2), (S-3) y (S-4). En el libro se estudia de manera detallada el funcionamiento de cada una de estas secciones, mostrando las grandes ventajas que acarrearía al Ejército de Colombia su aplicación.¹¹⁹ Según se enseñaba esta división permitía que oficiales especializados se encargaran de cumplir con labores puntuales, sin que el comandante de la Unidad tuviera que estar comprometido directamente en ellas, y de esta forma evitando que todas las decisiones

¹¹⁷ Puyana, *¡Por la libertad, op cit.*, p. 489.

¹¹⁸ Ruiz, *Enseñanzas, op cit.*, pp. 290-291.

¹¹⁹ *Ibíd.*, pp. 306-335.

operacionales recayeran en un solo hombre. En este sentido los oficiales de la Plana Mayor obtenían y suministraban al comandante de la unidad elementos de juicio respecto a la conducción de las operaciones, lo cual le permitía tener una perspectiva más amplia de las posibilidades reales de combate. Por ejemplo, la sección de Operaciones (S-3) se encargaba de mantener al día la carta de la situación de las propias tropas, redactar órdenes de operaciones y supervigilar la instrucción y el entrenamiento, sin necesidad que el comandante estuviera comprometido en su ejecución directa, y sin reducir la capacidad de lucha.¹²⁰

En el aspecto eminentemente táctico, es decir en la conducción operativa de las tropas frente a situaciones de combate, el libro muestra aspectos muy diversos que van desde la simple preocupación por la dotación del soldado, es decir los uniformes y armamento, hasta las operaciones más complejas a nivel de batallón. La primera conclusión sacada del conflicto de Corea para el Ejército de Colombia fue que no debía abandonarse el entrenamiento del soldado para marchar largas distancias, frente a las doctrinas que abocaban por la motorización de la infantería.¹²¹ Además, que el combatiente individual debía ser preparado para luchar cuerpo a cuerpo, especialmente en la oscuridad cuando se pueden sacar mayores ventajas sobre el enemigo. Esto tiene un significado especial, pues se consideraba que una de las más valiosas enseñanzas para Colombia era el uso de la guerra de guerrillas y el patrullaje en pequeñas unidades frente a un enemigo externo. En palabras de Ruiz Novoa: “Creo que para nosotros esta modalidad será de excepcional importancia en caso de conflicto con alguno de nuestros vecinos”.¹²² Este aparte hacia las veces de vaticinio, aunque no para ser utilizado frente a un enemigo externo sino frente a uno interno.

Según el texto, el arma militar que debía recibir mayor énfasis era la infantería, apoyada por armas de acompañamiento portátiles como bazukas, lanzacohetes, fusiles sin retroceso y morteros de 60 y 81 mm, las cuales venían a reemplazar la costosa y casi inmóvil artillería de campaña, es decir las descomunales piezas como cañones y obuses. Esta última apreciación de Ruiz Novoa generó revuelo entre los artilleros colombianos,¹²³ pues según su experiencia en combate, no era viable la adquisición de artillería pesada para Colombia en razón costo-beneficio. En una consideración semejante, el arma blindada (tanques de guerra), no brindaba mayores ventajas militares ante una infantería bien armada como sucedió en Corea. Por esta razón se sugería que no se creara un arma blindada en Colombia.

Por el contrario se alababa la función del arma de ingenieros militares, la cual era útil para la construcción y reparación de infraestructura necesaria en el combate, y especialmente su experiencia en la construcción de fortificaciones de campaña

¹²⁰ *Ibíd.*, p. 316.

¹²¹ *Ibíd.*, p. 252.

¹²² *Ibíd.*, p. 255.

¹²³ Téllez Fernando (teniente coronel de artillería), “¿Conviene reemplazar la artillería de campaña por los morteros y fusiles sin retroceso?”, en *Revista Militar*, Bogotá, tomo II, número 6, septiembre de 1956, pp. 67 y 69. Este artículo era una crítica directa a la posición sustentada por Ruiz Novoa en su libro «Enseñanzas», la cual instaba por acabar la artillería de campaña. El autor del artículo no estaba de acuerdo con la eliminación de esta arma militar, menos aun cuando se tomaba el ejemplo del Ejército de Estados Unidos, el cual no había tenido un óptimo desempeño de artillería en Corea.

(trincheras). Entre los aspectos variados utilizados por el Ejército de Estados Unidos, que se planteaban como de posible beneficio para el caso de Colombia por su utilidad militar y los cuales se recomendaba asimilar, se encontraban: el helicóptero para el transporte y evacuación de tropas; las transmisiones de campaña (comunicaciones); la planificación logística y el servicio de intendencia, especialmente la buena alimentación y vestuario del soldado común. Además, el sostenimiento de un buen servicio de sanidad y material de guerra.

Uno de los aspectos que más atención generó en el autor del libro por su novedad, fue la guerra psicológica. Según decía lo más importante de este tipo de acción era que lograba a través de propaganda, el rumor y las transmisiones, desmoralizar al enemigo para que franqueara en su cometido. Es decir minar “su voluntad de vencer”.¹²⁴ Este aspecto es bastante relevante pues en el libro se anexan volantes impresos, los cuales son muy semejantes a los usados a comienzos de los años sesenta en las zonas de violencia en Colombia,¹²⁵ y los cuales posiblemente tienen su origen en la experiencia de Corea. Para concluir podemos decir que Ruiz Novoa logró percibir y sintetizar las experiencias más valiosas aprendidas en Corea para ser utilizadas en el Ejército de Colombia. Sin embargo, no dirigió un cambio radical en la doctrina de guerra durante los años cincuenta, sino que más bien hizo aportes silenciosos los cuales durante su posterior carrera militar logró poner en práctica, ya que de todos los oficiales que estuvieron en Asia fue quien llegó al más alto rango dentro de la jerarquía militar colombiana.¹²⁶

PUNTOS A FAVOR, PUNTOS EN CONTRA: LOS MILITARES COLOMBIANOS FRENTE AL MODELO MILITAR ESTADOUNIDENSE

Algunas versiones sugieren que durante el gobierno del teniente general Rojas Pinilla las ganancias recibidas por el alza del precio internacional del café fueron invertidas en buena parte en el aumento del salario de los oficiales y la compra de armamento y material para las Fuerzas Armadas.¹²⁷ No obstante, la importancia que los militares cobraron durante los años cincuenta se debe en mayor medida a que llegaron a convertirse en intermediarios en el régimen político colombiano, ya que entraron a

¹²⁴ Ruiz, *Enseñanzas*, *op cit.*, pp. 336-341 y anexos.

¹²⁵ Rueda Santos Rigoberto, *De la guardia de las fronteras a la contrainsurgencia: Elementos de la evolución política e institucional del ejército colombiano, 1958-1965*, Bogotá, ICFES, 2000, pp. 300-306.

¹²⁶ Valencia Tovar Álvaro, “Colombia en la guerra de Corea”, en *Historia de las Fuerzas Militares*, tomo III, Bogotá, Planeta Colombiana, 1993, p. 215; véase cuadro: “Oficiales del Batallón Colombia que alcanzaron la jerarquía de General”.

¹²⁷ Perozzo Carlos, Florez Ramón y Bustos Tovar Eugenio De, *Forjadores de Colombia contemporánea: Los 81 personajes que más han influido en la formación de nuestro país*, Bogotá, Planeta Colombiana, 1986, tomo II, p. 149; Ramsey Rusell, *Guerrilleros y soldados*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1981, p. 236, y Pizarro Leongómez Eduardo (con la colaboración de César Torres del Río), “La profesionalización militar en Colombia (III): Los regimenes militares (1953-1958)”, en *Análisis Político*, Bogotá, número 3, enero-abril 1988, p. 11. Por el contrario Jonathan Hartlyn considera que en este periodo no hubo ni un aumento desproporcionado del personal de las Fuerzas Armadas ni de su presupuesto, Hartlyn Jonathan, *La política del régimen de coalición: La experiencia del Frente Nacional en Colombia*, Bogotá, CEI-UNIANDES-Tercer Mundo Ed., 1993, p. 66.

“salvar” al país con el beneplácito de la dirigencia de los dos partidos políticos colombianos, frente a la difícil situación interna de esos días.¹²⁸

En el transcurso del gobierno de Rojas y la Junta Militar, los militares ocuparon variados cargos públicos, desde alcaldías y gobernaciones, pasando por la Contraloría de la República¹²⁹ y la dirección de la Empresa Nacional de Publicaciones, hasta la rectoría de la Universidad Nacional de Colombia tras los hechos del 8 y 9 de junio de 1954.¹³⁰ Por su parte, el profesor Torres del Río considera que durante el gobierno de Rojas la situación de las Fuerzas Armadas fue más bien pobre tanto en condiciones materiales como en organización.¹³¹

Algunos sectores de la institución militar colombiana, en este caso en el Ejército, tomaron iniciativa para plantear reformas a nivel interno, tomando como punto de referencia al Ejército de los Estados Unidos. Como lo dejara en claro un informe de inteligencia estadounidense a mediados de los años cincuenta, los militares latinoamericanos se sentían plenamente identificados con el país del norte y su causa mundial. Además, se afirmaba que “los líderes militares [de América Latina] buscan asociarse con el poder militar de los Estados Unidos por razones de prestigio e interés propio, y recurren a este país para mejorar la eficacia de sus limitadas fuerzas armadas”.¹³²

La bibliografía especializada sugiere que a partir del discurso pronunciado por el presidente Lleras Camargo en el Teatro Patria, el 9 de mayo de 1958, se marcó la pauta para que los militares se acogieran al poder civil y de ahí en adelante se ocuparan específicamente por los asuntos de índole institucional.¹³³ Este argumento fue reafirmado en numerosas ocasiones por el primer mandatario del Frente Nacional, buscando

¹²⁸ Urán Carlos H., *Rojas y la manipulación del poder*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1983, pp. 68-69.

¹²⁹ Ruiz Novoa Alberto, “Conferencia del Contralor General de la República, Teniente Coronel Alberto Ruiz Novoa”, en Colombia, *Colombia trabaja: Conferencias radiales de los señores ministros del despacho ejecutivo con motivo del primer año de gobierno*, Bogotá, Dirección de Información y Propaganda del Estado, 1954, pp. 411-422.

¹³⁰ Tras los hechos del 8 y 9 de junio la rectoría de la Universidad fue ocupada por el abogado Abel Naranjo, sin embargo debido a altercados con el presidente Rojas Pinilla dimitió de su cargo, el cual fue ocupado por el designado, coronel Manuel Agudelo, desde el 13 de julio hasta el 10 de agosto de 1954, véanse las *Actas del Consejo Directivo* números 23 (10 de junio de 1954), 24 (15 de julio de 1954), 27 (4 de agosto de 1954) y 28 (10 de agosto de 1954), Universidad Nacional de Colombia, *Actas del Consejo Directivo*, 1954, Archivo Central e Histórico de la Universidad Nacional de Colombia, tomos 51 y 53; y Rojas Pinilla Gustavo, “El excelentísimo señor presidente de la república teniente general Gustavo Rojas Pinilla contesta la carta de renuncia del magistrado Arango Vélez”, en *Diario Oficial, op cit.*, número 28531, 22 de julio de 1954, tomo III, pp. 201-202.

¹³¹ Torres del Río César, *Fuerzas Armadas y Seguridad Nacional*, Bogotá, Editorial Planeta, 2000, p. 53 y cita número 45 página 150.

¹³² «The military leaders seek to associate with US military power for reasons of prestige and self-interest and look to the US for assistance in improving the effectiveness of their limited armed forces» (Traducción del Autor), National Intelligence Estimate, “Secret, Latin American Attitudes Toward The US (NIE 80/90-58)”, Washington, December 2, 1958”, en Department of State, *Foreign Relations of the United States: 1958-1960*, volume V: American Republics, Washington, United States Government Printing Office, 1991, p. 71.

¹³³ Borrero Armando, “Militares, política y sociedad”, en *Al filo del caos: Crisis política en la Colombia de los años 80*, Bogotá, IEPRI-Tercer Mundo Editores, 1990, p. 179; y Dávila Ladrón de Guevara Andrés, *El juego del poder: Historia, armas y votos*, Bogotá, UNIANDES-CEREC, 1998, p. 135.

difundirlo sobre todo entre los militares.¹³⁴ Esta circunstancia se confirma por medio del Mensaje Presidencial presentado al Congreso de 1958, en el cual la Junta Militar de Gobierno en cabeza del mayor general Gabriel Paris, exponía que “cumplida la misión de salvamento, los militares nos integramos sin nostalgia y sin amargura, con orgullosa sencillez, a nuestros cuarteles, bases y buques”.¹³⁵

A pesar de lo expuesto la institución militar colombiana llevó a cabo su propia reflexión para buscar cuales serían las mejores opciones para cumplir con su misión constitucional mucho antes que los políticos lo designaran.

«*Que Deseo Yo Para el Ejército de Colombia*»

A comienzos del año 1954 el gobierno estadounidense, por intermedio del Secretario del Ejército, invitó a los brigadieres generales Alfredo Duarte Blum y Pedro Muñoz, comandantes de las FF.AA. y del Ejército respectivamente, para que visitaran algunas instalaciones militares en Estados Unidos.¹³⁶ Este coqueteo con los mandos militares nacionales tenía como propósito mostrar los altos estándares de profesionalismo a los que había llegado el Ejército estadounidense los cuales valía la pena que fueran aplicados en Colombia. Más aún había una corriente entre los militares colombianos que consideraba que definitivamente el mejor modelo para la modernización militar era el estadounidense, en contra de los modelos europeos que se habían mostrado poco eficientes en las guerras pasadas.¹³⁷

Uno de los abanderados fue el brigadier general Rafael Navas Pardo, quien desde los años como comandante de la *Brigada de Institutos Militares* había mostrado su firme simpatía por adaptar las formas de entrenamiento, organización y servicios de tropa estadounidenses.¹³⁸ En sus diferentes cargos en el Ejército colombiano, mostró un particular empeño por conocer las capacidades de la institución militar y las formas de mejorar las carencias presentes. Uno de los pasos más importantes fue la orden difundida el día 7 de diciembre de 1956 a los comandantes de las unidades militares más importantes del país, para que realizaran un informe donde consignara su punto de vista respecto al Ejército y las diferentes armas militares.

Entre los comandantes de las guarniciones militares había cierta unidad de criterio respecto a asumir el modelo militar estadounidense. El Comandante de la Escuela de Transmisiones, sintetizaba muy bien el criterio reinante:

¹³⁴ Véanse Lleras Camargo Alberto, “Discurso del Excelentísimo Señor Presidente de la República [al tomar posesión como presidente]”, en *Anales del Congreso: Órgano de Publicidad de las Cámaras Legislativas*, Bogotá, Empresa Nacional de Publicaciones, año I, número 17, 11 de agosto de 1958, pp. 227-228; y “Mensaje del Presidente Lleras a la Primera Legislatura de 1959”, en *Diario Oficial, op cit.*, número 30004, 23 de julio de 1959, tomo III, p. 173. De forma premonitoria Lleras sugería que el próximo teatro de la Guerra Fría sería América Latina, esto a pesar de que la Revolución Cubana todavía no había mostrado simpatía por el bloque comunista.

¹³⁵ Junta Militar de Gobierno, “Mensaje Presidencial al Congreso de 1958”, en *Anales del Congreso, op cit.*, año I, número 4, 24 de julio de 1958, p. 36.

¹³⁶ Ministerio de Guerra, “Decreto 0842 de marzo 24 de 1954, por el cual se asigna una comisión en el Exterior a un personal del Ejército, en el ramo de Guerra”, en *Diario Oficial, op cit.*, número 28446, 1 de abril de 1954, tomo II, p. 5.

¹³⁷ Sierra Ochoa Gustavo, “América o un nuevo concepto”, en *Revista de las Fuerzas Militares*, Bogotá, número 6, diciembre de 1951, p. 13.

¹³⁸ Valencia, *Testimonio, op cit.*, pp. 209-211.

Terminar definitivamente con las diferentes escuelas [sic], Alemana, Chilena y Americana que solamente nos han traído el caos y optar definitivamente la enseñanza americana ya que no podemos desconocer que el Ejército de los Estados Unidos tiene la experiencia de dos guerras mundiales, es la primera potencia bélica del mundo y además es el país que por tratados internacionales nos puede ayudar con el material más moderno.¹³⁹

Incluso todos sugerían, dependiendo su especialidad militar mayor acercamiento a los Estados Unidos en los aspectos militares. Algunos pedían perfeccionar la organización de los servicios en el Estado Mayor, siguiendo las cuatro secciones básicas estadounidenses, además se sugería la creación de la sección G-5, que debería encargarse de los problemas civiles y relaciones publicas.¹⁴⁰ Otro comandante también sugería la creación de una sección G-5. Sin embargo, la concebía de forma distinta, planteaba que fuera creada para coordinar el orden público, y “las acciones de contraguerrilla y bandolerismo”.¹⁴¹

En una observación bastante clara el comandante de la Escuela de Infantería planteaba la necesidad de intensificar los cursos para los oficiales superiores, ya que muchos oficiales subalternos, es decir del rango de mayor hacia abajo conocían y aplicaban con acierto tácticas militares,¹⁴² las cuales muy posiblemente eran producto de la experiencia de Corea. El comandante del Centro de Artillería solicitaba la estandarización del armamento, el cual podía ser suministrado por los Estados Unidos.¹⁴³ De manera similar el comandante de la Escuela de Sanidad sugería mayor conexión con los centros hospitalarios norteamericanos para refrescar y mejorar los conocimientos médico-quirúrgicos, necesarios en las acciones de combate.¹⁴⁴

En cuanto al material de guerra y la logística se decía que había que aunar esfuerzos para mejorar la coordinación del Ejército colombiano con la *Misión Militar Americana*, y por ende con el Ejército de los Estados Unidos.¹⁴⁵ Igualmente se mostraba la creciente

¹³⁹ Medina Medina Hernando (teniente coronel), Comandante Escuela de Transmisiones, “*Si yo fuera el Comandante del Ejército*”, Bogotá, diciembre 12 de 1956, APR, Secretaria General, Fuerzas Militares, Caja 2, Carpeta 71, fl. 287.

¹⁴⁰ Rubrica [no legible], *Como debe ser el Ejército de Colombia*, sin lugar, s.f., APR, Secretaria General, Fuerzas Militares, Caja 2, Carpeta 71, fls. 307-308.

¹⁴¹ Salcedo Victoria Jorge (teniente coronel), Comandante Batallón Anti-Aéreo, “*Como desearía yo mi Ejército*”, Bogotá, diciembre 12 de 1956, APR, Secretaria General, Fuerzas Militares, Caja 2, Carpeta 71, fl. 321.

¹⁴² Suárez Escobar Luis (teniente coronel), Comandante Escuela de Infantería, *El Ejército de Colombia*, Bogotá, s.f., APR, Secretaria General, Fuerzas Militares, Carpeta 71, Caja 2, fl. 319.

¹⁴³ Prada Fonseca Manuel (coronel), Comandante Centro de Artillería, *Tema Brigadier General Rafael Navas Pardo*, Bogotá, 12 de diciembre de 1956, APR, Secretaria General, Fuerzas Militares, Carpeta 71, Caja 2, fl. 299.

¹⁴⁴ Rubiano Groot Hernando (mayor), Comandante Escuela de Sanidad, *Envío tema sobre el Ejército al brigadier general Rafael Navas Pardo Comandante BIM*, Bogotá, s. f., APR, Secretaria General, Fuerzas Militares, Carpeta 71, Caja 2, fl. 317.

¹⁴⁵ Medina, Comandante Escuela de Transmisiones, *op cit.*, fl. 286.

necesidad de capacitar más instructores militares colombianos en los Estados Unidos.¹⁴⁶ Existían muchas posiciones que daban fe del alto grado de admiración que había en Colombia hacia el modelo militar estadounidense.

A pesar de ello y de manera curiosa el comandante del Batallón Colombia, una de las Unidades que conservaba el armamento donado por los Estados Unidos tenía una visión bastante crítica respecto a asimilar los patrones norteamericanos, pues decía que era muy poco provechoso tratar de copiar las prácticas estadounidenses. Él sugería que lo mejor era organizar al Ejército colombiano según las necesidades y conocimientos nacionales.¹⁴⁷

A pesar de la anterior perspectiva esta circunstancia era más bien la excepción a la regla, pues no había lugar a fuertes discusiones en torno a tomar como referencia los patrones militares de los Estados Unidos. No obstante, existían opiniones encontradas respecto a copiar la estructura orgánica estadounidense. Específicamente cambiar la organización militar colombiana, la cual descansaba sobre la base de la Brigada,¹⁴⁸ por el Regimiento¹⁴⁹ estadounidense y al mismo tiempo implementar una unidad operativa superior de este mismo origen: la División.¹⁵⁰ Al respecto algunos comandantes opinaban que la mejor opción para Colombia era acabar con la Brigada por ineficiente, y adoptar el modelo de Regimiento, el cual podría mostrarse más flexible a la hora del combate. Sin embargo, se manifestaba que no era viable tener una unidad superior como la División puesto que no había ni el personal ni los recursos económicos para poder organizarla con efectividad.¹⁵¹

En una apreciación contraria, el comandante de la Escuela de Sanidad planteaba que las Brigadas colombianas deberían ser agrupadas en Divisiones al estilo estadounidense para que hubiera “un escalón intermedio entre el nivel “Ejército” y el nivel “Brigada” para facilitar el funcionamiento de la institución y aumentar su rendimiento operativo”.¹⁵² Incluso otro militar opinaba que debería ponerse en práctica la “organización divisionaria

¹⁴⁶ *Ibíd.*, fl. 288.

¹⁴⁷ González Arcila Arturo (teniente coronel), Comandante Batallón de Infantería “Colombia”, *Un tema sobre el Ejército*, Bogotá, 12 de diciembre de 1956, APR, Secretaria General, Fuerzas Militares, Carpeta 71, Caja 2, fls. 273-278.

¹⁴⁸ *Brigada*: Agrupación de tres a seis batallones o escuadrones, cuyo mando se confía a un general de brigada (brigadier general), o a un coronel. Es la menor de las grandes unidades encuadrada en una División y no está en capacidad de actuar autónomamente en combate. [En el caso colombiano de los años cincuenta la Brigada era la unidad operativa superior y era capaz de actuar autónomamente pues no se concebía la organización bajo la División (*N. del A.*)]. De Cabellanos Torres, *Diccionario militar: Aeronáutico, naval y terrestre*, Buenos Aires, Bibliográfica Omeba, 1961, tomo I, p. 599.

¹⁴⁹ *Regimiento*: Unidad militar integrada por batallones a órdenes de un coronel. De Cabellanos, *op cit.*, tomo IV, p. 257.

¹⁵⁰ El Ejército estadounidense estaba organizado orgánicamente en línea descendente de la siguiente manera: Ejército, Cuerpo de Ejército, División, Regimiento de infantería y Batallón; véase Valencia y Sandoval, *op cit.*, pp. 93-94. El equivalente de la Brigada colombiana era el Regimiento, este contaba con un promedio de 3.500 soldados.

¹⁵¹ Medina González José Manuel (teniente coronel), Comandante Escuela de Armas Blindadas, *Memorandum sobre necesidades del Ejército*, Bogotá, 11 de diciembre de 1956, APR, Secretaria General, Fuerzas Militares, Carpeta 71, Caja 2, fl. 282.

¹⁵² Rubiano, Comandante Escuela de Sanidad, *op cit.*, fl. 317.

estadounidense” así fuera con solo dos Brigadas por cada División.¹⁵³ Esto a pesar de que el número básico de Brigadas en una División era tres. Este militar ansiaba aplicar como fuera la organización militar estadounidense en Colombia.

En una perspectiva más realista el teniente coronel Luis Ochoa, representante de los oficiales administrativos del Ejército, señalaba que a pesar de lo reducido de nuestro Ejército estaba mal organizado, y por ende, utilizar el “sistema divisionario” traería mayores inconvenientes, lo mejor era conservar la Brigada como la base organizativa superior, la cual aparte de ser similar al Regimiento norteamericano, era igualmente la “organización más perfecta para el combate”.¹⁵⁴

El comandante del Batallón “Guardia Presidencial” era más claro aun, y decía:

Considero a la BRIGADA como la organización típicamente colombiana. La BRIGADA es la unidad que mejor respondería a las necesidades de combate; porque está técnicamente concebida para suplir las misiones de la División; porque debido a su movilidad se adapta fácilmente a nuestra particularidad topográfica; porque a base de esta unidad hemos formado nuestra mentalidad de mando y, finalmente, porque está calculada para nuestros posibles enemigos.¹⁵⁵

Esto a pesar que desde 1951 se consideraba que la Brigada era poco viable para el Ejército colombiano por ser carente de servicios y poco apta para el combate, y se sugería que era indispensable adaptarla a la organización del Ejército Americano por razones de influencia militar, es decir al Regimiento.¹⁵⁶ El debate interno condujo a que era mejor conservar la organización militar sobre la base de la Brigada.

Incluso en un artículo de la *Revista Militar* se mostraban las grandes ventajas de esta Unidad operativa, la cual podía combatir independientemente por periodos limitados, capturar y sostener territorio, maniobrar y combatir en cualquier terreno, y suministrar apoyo logístico; además servía muy eficientemente como centro de coordinación administrativa.¹⁵⁷

También se aseguraba que la experiencia en campaña había demostrado que la Brigada era excelente para ser utilizada en operaciones antiguerrilla. Lo más relevante del caso es que el artículo fue publicado en 1958, antes de la generalización del modelo doctrinario antisubversivo.

¹⁵³ Arambula Duran Marcos (teniente coronel), Comandante Centro de Ingenieros Militares, *Sugerencias en Pro del Ejército*, Bogotá, 14 de diciembre de 1956, APR, Secretaria General, Fuerzas Militares, Carpeta 71, Caja 2, fl. 330.

¹⁵⁴ Ochoa D. Luis M., [Oficiales administrativos], “*Como debe ser el Ejército Colombiano*”, sin lugar, s.f., APR, Secretaria General, Fuerzas Militares, Carpeta 71, Caja 2, fls. 294-295.

¹⁵⁵ Ruana Manzón Enrique (teniente coronel), Comandante Encargado Batallón “Guardia Presidencial”, *Que deseo yo para el Ejército de Colombia*, Bogotá, 12 de diciembre de 1956, APR, Secretaria General, Fuerzas Militares, Caja 2, Carpeta 71, fl. 324.

¹⁵⁶ Bernal José Maria, *Memoria de Guerra: 1950-1951*, Bogotá, Imprenta del Comando General de las Fuerzas Militares, 1951, p. 36.

¹⁵⁷ Escuela Superior de Guerra, “La Brigada colombiana”, en *Revista Militar*, Bogotá, tomo II, número 12, diciembre de 1958, pp. 3-7.

Según la apreciación de un teniente: “tomemos al Ejército Americano para imitarlo, pero no para pretender copiar”.¹⁵⁸ Es así que no todas las prácticas militares estadounidenses gozaron de igual simpatía entre los militares colombianos; había elementos nacionales que se consideraban mucho mejores, y propios de la idiosincrasia militar nacional. La Brigada fue uno de ellos, que como herencia del modelo prusiano se decidió conservar.¹⁵⁹ Igualmente el personal militar colombiano no estaba muy bien organizado ni distribuido en las Brigadas, pues mientras en algunas había exceso de personal en otras había déficit. Por lo tanto la implementación del sistema organizativo estadounidense no hubiera traído ninguna ventaja real.

PARA CONCLUIR

Si bien hoy en día es común explicar el comportamiento internacional de Colombia como una extensión de la posición norteamericana que no trata de responsabilizarse ni tomar mucho protagonismo. En los años cincuenta la posición militar del país le permitió cobrar un lugar destacado en la arena internacional al desplegar los Batallones “Colombia” Número 1 y 2. Lo llamativo del caso es que Colombia era uno de los países más aislados de América Latina, pues su contacto con las otras regiones del mundo era más bien pobre. No obstante, el respaldo político-militar mostrado hacia los Estados Unidos durante esta década permite plantear que la posición del país fue claramente de “subordinación activa”.

El Ejército de Colombia comenzó su acercamiento a su contraparte norteamericana desde el año de 1942. No obstante la relación solo se hizo efectiva hasta comienzos de los años cincuenta cuando Colombia entró a participar junto a los Estados Unidos en la guerra de Corea. Este conflicto y la presencia colombiana en la crisis del Canal de Suez bajo la tutoría estadounidense generaron lazos de unión política pero también camaradería entre el Ejército colombiano y su contraparte estadounidense. Estos hechos sirvieron para que buena parte de los miembros de la institución militar nacional, empezaran a ver al país del norte como un modelo digno de imitar para la modernización de las fuerzas nacionales, dejando de concebir la posible influencia de modelos militares de otros países diferentes a Estados Unidos.

Es así como el entonces coronel Ruiz Novoa y otros miembros de la institución fueron partidarios de aplicar técnicas y tácticas vigentes en el ejército del país del norte en las fuerzas terrestres de Colombia. No obstante, muchos de ellos eran conscientes que no todas las prácticas militares de Estados Unidos podían ser asumidas en el espacio militar nacional debido a que la realidad tanto económica como logística impedía que Colombia tuviera unas fuerzas similares a las estadounidenses. Ruiz Novoa concluía que la implementación de los cuatro servicios básicos del Ejército de los Estados Unidos y el

¹⁵⁸ “Apreciaciones del teniente Coral”, en Ruana, Comandante Encargado, *op cit.*, fls. 327-328.

¹⁵⁹ La Misión Militar Chilena organizó al Ejército de Colombia en tres Divisiones con dos Brigadas cada una, Laverde R. Antonio, *Las unidades superiores del Ejército de Colombia*, Bogotá, Taller del Estado Mayor General, 1916, p. 3. No sobra recordar que la Misión Chilena se basaba en los parámetros del ejército Alemán el cual estaba organizado hasta la Segunda Guerra de la siguiente forma: Grupo de ejército, Ejército, División y Brigada; véase Marton P. y Vedelago G., *Los uniformes alemanes de la segunda guerra mundial*, Barcelona, Editorial De Vecchi, 1981, pp. 35-36.

énfasis en el entrenamiento de la infantería eran las enseñanzas básicas a seguir en Colombia. Por otro lado hubo elementos militares colombianos que se prefirieron conservar, a pesar del coqueteo estadounidense para que se cambiaran. El caso por excelencia fue el mantenimiento del sistema organizativo del Ejército nacional bajo la Brigada, a pesar de que se pensó cambiarlo por el sistema de Regimiento estadounidense e incluso se propuso crear una unidad operativa superior como era la División.